EL HOMBRE QUE CAMBIO A CHINA

PEARL S. BUCK

PREMIO NOBEL DE LITERATURA



Sun Yat-Sen —caudillo revolucionario, fundador de la Primera República china, de la que fue efímero presidente— es una de las figuras más interesantes de la Historia contemporánea china. La autora relata en este libro la inquieta, azarosa y fructífera existencia de tan destacado personaje y, al mismo tiempo, nos informa de unas circunstancias que han tenido honda repercusión en la política mundial.



Pearl S. Buck

El hombre que cambió a China

(Historia de Sun Yat-Sen)

ePub r1.0

Titivillus 14.02.15

Título original: *The man who changed China: The story of Sun Yat-Sen*
Pearl S. Buck, 1953
Traducción: A. Rivero

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

I

MADUREZ PARA UN CAMBIO

LA antigua y extensa China estaba madura para un cambio. «El dragón durmiente», la llamaban sus vecinos; pero el dragón se sentía incómodo y comenzaba a despertar.

¿Qué era la China de hace cerca de cien años?

Era el país más extenso del mundo, con excepción de Rusia, y una tercera parte mayor que los Estados Unidos. Era el país más antiguo de la tierra, y la tierra más variada de este mundo: eso era China.

Los sabios chinos enseñaban ya a su pueblo, quinientos años antes de Jesucristo, a ser bueno con el prójimo, a ser industrioso, civilizado y fuerte. Los pintores ejecutaban grandes obras de arte; los arquitectos construían hermosos templos, casas y palacios; los escultores esculpían magníficas estatuas; los tejedores elaboraban preciosos brocados de satén y de seda; los labradores trabajaban los campos hasta convertirlos en verdaderos jardines; los eruditos escribían libros y enseñaban en las escuelas.

Mucho antes del descubrimiento de América, otros pueblos de Asia, y de todo el mundo conocido, sentían admiración por China y por su noble civilización: una civilización tan maravillosa que hacía innecesarios los ejércitos y la armada.

Más de una vez habían logrado gobernar en Pekín conquistadores extranjeros, pero los chinos no necesitaban luchar. Sabían que con el tiempo, en realidad muy corto, su superior civilización se impondría sobre los conquistadores por las armas. El

factor tiempo contaba siempre a favor de China. Y cuantos llegaban a vivir al país, terminaban por hacerse chinos.

¿Qué perturbación, pues, existía en la China de 1866? En cuanto a lo externo, el pueblo era el mismo de siempre. Las ciudades bullían de hombres y mujeres dedicados a la tarea de vender y comprar; las tiendas estaban llenas de compradores y los establecimientos hacían un buen negocio.

Los labradores llevaban sus vegetales, sus granos y sus frutos a los grandes mercados; los pescadores voceaban por las calles su pescado; los carniceros colgaban las carnes limpias y sanas a la vista de todos. Los niños reían y jugaban en las aldeas. Los mayorcitos ayudaban a sus padres en los campos, y las niñas trabajaban al lado de sus madres en las grandes y alegres casas de las haciendas.

Las fiestas de Año Nuevo y las de las estaciones seguían celebrándose con el mismo alborozo, la misma risa y las mismas viandas; y, en los templos, los dorados dioses recibían a los adoradores que llegaban a darles gracias y a orar.

Todo seguía lo mismo, y, sin embargo, nada era igual.

Quizá los niños no se dieran cuenta de ello, pero los mayores sí. El gran país, tan extenso en el mapa, se hallaba inquieto. Hacía sólo dos años que había sufrido una terrible rebelión: la rebelión organizada por Taiping, en la cual un crecido número de descontentos y desgraciados habían seguido a un caudillo medio loco que tuvo la pretensión de derrotar al Gobierno manchú de Pekín.

¿Por qué había un Gobierno manchú en la capital de China? Porque, doscientos años antes, gentes audaces e ignorantes, procedentes de la norteña Manchuria, habían invadido el país apoderándose del trono. En el transcurso de aquellos doscientos años, todos aquellos invasores se habían mostrado chinos en muchas cosas; pero, al propio tiempo, se habían debilitado. Se habían enriquecido y ablandado, dedicándose a la diversión y al holgorio en los palacios y en los jardines imperiales en vez de preocuparse por el bienestar del pueblo.

En la época que nos ocupa, un emperador débil había tomado por esposa a una mujer audaz y fuerte. Al morir él, ella se convirtió en emperatriz viuda. Pero aquella mujer era demasiado ignorante para reinar con acierto y el país se mostraba perturbado. Los

hombres malos se declararon en rebeldía, y nadie pudo contenerlos. Y aunque la rebelión fue sofocada, quedaron sobre el campo de batalla muchos muertos, y destruidas e incendiadas grandes extensiones del Imperio.

Antes de la rebelión, China había sostenido contra Inglaterra tres guerras en las que se dirimía la cuestión de la venta de opio en el país, y los chinos habían perdido las tres. Se vieron, pues, obligados a pagar crecidas sumas de dinero, y, lo que resultó peor aún, hubieron de aceptar el opio, droga que debilitaba a los que lo fumaban. Los impuestos eran tan exagerados, que el pueblo no podía pagarlos. Estaban descontentos con aquel Gobierno cruel que se lo quitaba todo y no le daba nada. Por eso, efectivamente, había llegado el momento para un cambio.

—¡Tenemos que cambiar de dirigentes! —exclamaba el pueblo —. ¡Cuando el precio del arroz es tan alto que no nos permite nuestro sustento, el cielo proclama un nuevo Gobierno!

Esta última frase era un viejo proverbio; pero la gente creía en él, y se sentía incómoda e inquieta en su vida cotidiana.

¡El momento para un cambio! Cambiaba el mundo entero, y ellos tenían que cambiar con él. Inglaterra y Francia, Alemania, España y Portugal e incluso, al fin, los Estados Unidos, enviaban a China sus navíos de guerra y sus barcos mercantes. Los chinos oían hablar de ferrocarriles y de máquinas de vapor; de las minas de oro de California y de las plantaciones de azúcar de Hawai. La juventud abandonaba el hogar para emigrar al extranjero, y al regresar se mostraba descontenta con la antigua vida de las aldeas y de las silenciosas y vetustas ciudades. Incluso en los pueblecitos donde vivían las familias labradoras reinaba un creciente descontento.

A pesar de todo esto, la familia Sun, que vivía en la aldea de Choyhung, sentíase feliz en aquel año de 1866. El cielo había enviado un varoncito a aquel matrimonio, cuando ya ambos cónyuges llegaban a la edad madura. El suceso se consideraba de buen augurio. El padre era labrador y lo consideró una suerte, porque siempre podría utilizar un hijo más en sus tierras, especialmente porque a su hijo mayor,
Ah-Mei
, no le gustaba la tierra. La madre se sentía orgullosa de sí misma, porque su último vástago había sido una niña.

El recién nacido tenía ojos y cabellos negros, la cara redonda y una piel suave de color de crema. Era un niño sano y, cuando lloraba, su llanto denotaba una voz potente. Pero por orgullosos que estuviesen sus padres, que vivían en una pequeña aldea china, cerca de la gran ciudad de Cantón, situada en el sur de China, no podían imaginarse que el recién nacido no fuera un niño corriente. Éste iba a ser Sun Yat-Sen, el hombre que cambió a China.

Los padres Sun jamás pensaron en el cambio que se avecinaba. Vivían en una agradable casa de ladrillos grises, con techumbre de paja, y trabajaban arduamente en el hogar y en el campo. La casa era vieja, pues en ella habían vivido sus antepasados y, al correr de los años, no se imaginaban que pudiera ocurrirles nada. Y fue entonces cuando recibieron la sorpresa del niño. Les alegró el tenerlo y, siguiendo la costumbre de la tierra, dieron a sus amigos huevos cocidos teñidos de colorado, a modo de regalo de participación de nacimiento. Cuando el niño hubo cumplido un mes, invitaron a una fiesta a todos los labradores. El niño, vestido de rojo brillante, se fijaba en todo el mundo, sonreía, y no se diferenciaba en nada de cualquier otro niño. Pero los labradores felicitaron a los padres con especial calor. Era una suerte, decían, tener un hijo cuando ya los padres no eran mozos.

No pasó mucho tiempo sin que los padres Sun dieran también en creer que quizás aquel niño suyo no fuera el hijo corriente de un labriego. Era muy avispado, se despertaba temprano y empezó a andar mucho antes de cumplir un año. La madre dijo:

—Tenemos el chico más travieso de toda la aldea.

No podían poner nada fuera de su alcance. Siempre se las arreglaba de algún modo para cogerlo. Jamás habían visto a un niño escalar tanta altura para apoderarse de lo que quería. No tenía miedo a nada ni a nadie. Corría por todas partes e iba detrás de los juglares y de los mendigos que llevaban monos amaestrados.

—Tenemos que mandarlo a la escuela pronto —dijo el padre.

Así, pues, siendo aún muy pequeño, Yat-Sen fue enviado a la escuela. Su madre le puso una túnica azul y le hizo la trenza bien apretada, con un cordón colorado. En aquella época los hombres y los niños llevaban trenzado el pelo. Era un peinado muy parecido al

que habían llevado antes los hombres de Norteamérica, pero los chinos lo llevaban más largo. En la China, sin embargo, la trenza era una señal de sumisión a los conquistadores manchúes, aquellas rudas y bárbaras tribus que hacía siglos habían llegado del Norte, montadas sobre peludos potros, para conquistar el Imperio.

La escuela de la aldea comenzaba a las siete de la mañana y duraba hasta el oscurecer. Así, pues, Yat-Sen bajaba antes de las siete de la mañana por la empedrada calle hacia la escuela y se sentaba ante su pupitre, compuesto de mesa y taburete. Todos los chicos estaban sentados de cara al maestro. Los había pequeños y grandes, y cada uno de ellos estudiaba a su modo, pues no había clases ni grados. El maestro escuchaba la lección de cada discípulo cuando éste la sabía. Las lecciones consistían en aprender de memoria algunos libros antiguos llamados Los Clásicos. El primero, titulado «El Clásico de Tres Tipos», era el más fácil, y con él tenía que empezar Yat-Sen.

Al ir aprendiendo las cosas de memoria, se le iban grabando los caracteres, y aprendió a escribir copiando los mismos caracteres, por transparencia, sobre un papel fino. Cuando había conseguido retener en la memoria las páginas del día, tenía que llevar el libro al maestro, hacer una profunda reverencia, volverle la espalda y recitarlas en voz alta y cantarina. Todos los chicos estudiaban en voz alta, por lo que una escuela china a la antigua usanza era un lugar muy ruidoso. Si Yat-Sen no recitaba bien, o si hacía alguna travesura, el maestro cogía la regla y le pegaba con ella en las palmas de las manos.

¡Qué cansancio sentían los chicos aun antes de que terminase el largo día! Yat-Sen era especialmente inquieto. Todo su cuerpo rebosaba de energía, y ansiaba verse al aire libre, jugando y haciendo volar su cometa. Tenía un corazón rebelde, y su rebeldía aumentaba al no encontrar modo de librarse de la escuela.

Yat-Sen aprendió fácilmente a leer y a escribir. Su memoria se

fortaleció, y jamás olvidaba lo aprendido. Pero dentro de su cabeza bullía constantemente una imaginación inquieta, y soñaba con escaparse de la escuela, e incluso de la misma aldea, y vagar por el mundo.

A Yat-Sen le resultaba fácil soñar de aquel modo. Muchos de los aldeanos chinos se iban a América. En su propia casa vivían sus dos tías, viudas de dos hermanos de su padre que habían ido a América en busca de oro. A la aldea había llegado la noticia, en 1848, de que se había descubierto oro en California, y los blancos, a quienes no agradaba el rudo trabajo de excavar en las minas, preferían que fuesen los chinos a hacerlo por ellos. Los blancos prometían jornales crecidos, y las compañías navieras enviaban emisarios a la aldea de Sun a contar las maravillas de California, a enseñarles mapas y a ofrecerles pasajes. Los dos hermanos más jóvenes del padre de Sun se hallaban entre los primeros que emigraron, dejando a sus mujeres en la aldea. Las mujeres esperaban y esperaban, pero sus hombres no volvieron jamás, y, mucho después, las esposas que esperaban oyeron que uno de ellos había muerto en el mar y el otro en un yacimiento de oro.

En 1851, quince años antes de que Yat-Sen viniera al mundo, había veinticinco mil chinos empleados en California, no sólo en las minas, sino en toda clase de tareas, y eran buenos trabajadores. Siendo aún niño Yat-Sen, su hermano mayor, Ah-Mei, decidió también abandonar el hogar e ir a Hawai, donde le habían dicho que los negocios se hallaban en estado floreciente. Así, pues, en aquel hogar sólo quedaba con Yat-Sen su hermana, que no podía hacerle mucha compañía porque ya le vendaban los pies y no podía corretear. Yat-Sen decía años más tarde que, al recordar su niñez, siempre le parecía oír el llanto de su hermana por lo mucho que le dolían los pies. Quizá tuviera la sensación, incluso entonces, de que no era necesario aquel dolor, y es posible que ya en aquella época decidiera cambiar también aquello en los días venideros.

Sin duda era audaz, bravo e independiente, y continuaba alimentando sus ansias de ver mundo en vez de ir a la escuela año tras año para luego tener que trabajar duro en las tierras ayudando a su padre. Cuando hubo cumplido diez años, su hermano
Ah-Mei
llegó a casa de sus padres a pasar unos días, y le amargó aún más la vida al contarle lo bien que lo pasaba en Hawai. Ya en aquella época poseía algunas tierras, y estaba pensando en comprar una tienda. Había traído dinero y regalos, y en la casa de Sun comenzó a verse la prosperidad. Se fijó en cómo
Yat-Sen
lo escuchaba todo, y sabía lo que el chico deseaba correr mundo.

—Dejadme llevar a mi hermanito conmigo —les dijo a sus padres—. Podrá ayudarme a la tienda y en mis tierras.

—No —contestó su padre—. Este chico tiene que estudiar. Es listo, y queremos que aprenda.

—Puede ir a la escuela de Honolulu —insistió Ah-Mei—. Allí tenemos una buena escuela, que llaman *Iolani*. Está al frente de ella un bondadoso obispo, y él se cuida de los niños.

—No —dijo la madre—. Yat-Sen es demasiado niño para irse de casa.

Los dos hermanos guardaron silencio, pero una vez que estuvieron a solas,
Yat-Sen
dijo:

—Me escaparé de casa, Ah-Mei.

Ah-Mei le prometió:

—Y yo te ayudaré.

Los dos hermanos idearon un plan para que Yat-Sen abandonara la casa secretamente y embarcara de polizón en cualquier barco que llevase chinos a Hawai, a trabajar en las plantaciones de azúcar de la isla.

Y así aconteció. Cuando Yat-Sen tenía sólo doce años, abandonó el hogar paterno y se fue a
Hong-Kong
, una ciudad junto al mar. Allí vio un barco dispuesto para zarpar con destino a Hawai, y se ocultó entre los pasajeros apretujados en la bodega. Nadie le descubrió, o quizá los que le vieron se creyeran

que era hijo de algún pasajero. Cuando Yat-Sen llegó a Hawai, su hermano se hizo cargo de él y pronto lo llevó a la *Iolani*, la Escuela del Obispo, donde todos los maestros eran ingleses, excepto uno. Y allí, aquel niño chino tuvo que aprender el nuevo idioma.

Yat-Sen estuvo en la escuela tres años y parece que, al principio, se sentía feliz en ella, pues en los documentos no aparecía que se hubiese mostrado rebelde ni travieso durante algún tiempo. Le gustaba el trabajo, especialmente las ciencias y la música. Se dio cuenta de que tenía una voz agradable y le gustaba cantar en el coro. Y entonces su rebelde corazón comenzó a inquietarse nuevamente. La *Iolani* era una escuela cristiana, y todos los discípulos tenían que aprender los principios de esta religión. Puesto que los cristianos habían dado impulso a las ciencias, Yat-Sen pensó que también a él le gustaría ser cristiano, así que se fue a ver a su hermano y le dijo:

—Ah-Mei, quiero hacerme cristiano.

¡Qué furioso se puso Ah-Mei al oír semejantes palabras!

—¿Cómo puedes pensar en hacerte cristiano? —le preguntó gritando—. ¡Es una religión extraña, y no es la de nuestros antepasados! Ya es hora de que vuelvas a casa con los padres. Ya es hora de que seas formal y te cases. Me arrepiento de haberte traído aquí.

Yat-Sen terminó sus clases con premios y honores aquel mismo año, y Ah-Mei lo metió en un barco y lo mandó a su casa. No quería hacerse responsable de un hermano más joven, cuya rebeldía era tan grande que pretendía hacerse cristiano.

II

LOS DIOSES ROTOS

SUN YAT-SEN, ya cerca de los diecisiete años de edad, no era, en modo alguno, el mismo chico que había abandonado el hogar de sus mayores hacia tiempo. Había aprendido en Honolulu los modos americanos mientras estudiaba inglés y ciencias en la Escuela del Obispo, y observó que los mismos hawaianos abandonaban muchas de sus más arraigadas y antiguas supersticiones. Cuando llegó a su casa y vio que sus padres aún creían en los dioses de los templos, se enojó mucho con ellos. Pensó que la aldea entera estaba atrasada e ignoraba la ciencia, y creyó que la supersticiosa religión de la gente la había vuelto así.

¡Qué calamidad había caído sobre su familia! Siempre estaban temerosos de lo que Yat-Sen haría o diría, y se veían constantemente turbados por su negativa a tomar parte en los ritos y costumbres familiares. Y lo peor de todo era que había en la aldea otro chico casi tan malo como él, un joven llamado Liu-Hao-Tung.

El padre de Liu-Hao-Tung había sido hombre de negocios en Shanghai, y en Shanghai había ido el chico a la escuela, donde aprendió a ser cristiano. Tenía dieciséis años cuando murió su padre, y siendo Hao-Tung el hijo mayor, él fue quien llevó el cadáver al cementerio de la aldea. Así fue como conoció a Yat-Sen, que ansiaba tener un amigo como él. Los dos jóvenes cambiaron

impresiones y juntos se decidieron a hacer cambiar la aldea.

Yat-Sen dijo a Hao-Tung:

—La China debe tener un nuevo Gobierno; un Gobierno verdaderamente chino, compuesto de hombres buenos que se cuiden del pueblo y que haga escuelas y hospitales y ferrocarriles, para que nuestro pueblo vuelva a ser fuerte.

Era aquél un sueño maravilloso para los dos jóvenes, y ambos sentían una gran impaciencia por convertirlo en realidad. Decidieron, pues, comenzar al momento su trabajo, empezando por su propia aldea, en la que observaban gran ignorancia y superstición. Hasta sus propias familias creían que eran los dioses quienes les enviaban las enfermedades y la penuria que pasaban, y trataban de apaciguar sus iras mediante ofrendas y oraciones.

Llegó un día en que Sun Yat-Sen no pudo resistir más. Era un día de fiesta, y la gente se hallaba congregada en el templo de los sacerdotes. De pronto se levantó y comenzó a hablar.

—¡Estos dioses no son tales dioses! —gritó—. ¿Cómo van a proteger nuestra aldea cuando no pueden protegerse a sí mismos? ¡Mirad!

Y, ante el horror de todos los presentes, teniendo a Hao-Tung a su lado, rompió los dedos de uno de los ídolos y a otro le dio una bofetada en la cara. Naturalmente, las figuras cubiertas de laca no respondieron, pero la gente quedó horrorizada. ¿Qué catástrofe iba a sobrevenirles después de semejante sacrilegio? ¡Aquel chico atrevido e impío no tenía otro recurso que irse de casa!

El padre Sun corrió a su hogar y entre él y su mujer decidieron que el hijo rebelde tenía que marcharse inmediatamente, volver a la escuela y aprender a ganarse la vida lejos de la aldea. Y sucedió que Yat-Sen fue enviado a Hong-Kong, la colonia de la corona británica, y Hao-Tung regresó a Shanghai.

Pocos meses después, el padre de Yat-Sen moría repentinamente. A raíz de aquel suceso debió de haber murmullos en la aldea de que aquél era el castigo que caía sobre la familia por tener un hijo impío. De todos modos,

Yat-Sen
, que había vuelto al pueblo por el entierro de su padre, seguía siendo mal mirado, y regresó a
Hong-Kong
tan pronto como hubo transcurrido el período de luto. Entonces ingresó en el Colegio de Queens y comenzó a estudiar con ahínco. Aunque se trataba de una escuela preparatoria inglesa, era norma general que los discípulos chinos estudiasen su propio idioma, año tras año, al mismo tiempo que aprendían el inglés.
Yat-Sen
estudió, pues, su propio idioma, lo que le fue de gran utilidad más tarde.

Fue aquél un año extraordinario para el impetuoso joven. Le había entristecido la muerte de su padre, contribuyendo, quizás, a que sintiera mayor ternura por los suyos. Cuando le escribió su madre diciéndole que la familia había decidido que se casara pronto, él no contestó nada. Era costumbre del país que un joven se casase con la mujer que para él eligiera su familia. Así que
Yat-Sen
volvió a su casa, esta vez para contraer matrimonio, y consintió casarse con una chica a la que jamás había visto. Después de los festejos y de las ceremonias de la boda,
Yat-Sen
volvió a la escuela. Su mujer se quedó viviendo con su madre en el hogar de los Sun y la ayudaba, portándose con ella como una hija cumplidora y buena.

La determinación de Yat-Sen de vivir su propia vida se hizo más firme. Pensaba que la mejor manera de demostrar su independencia era la de bautizarse, haciéndose cristiano. Un misionero norteamericano llamado Charles Hager se hizo amigo suyo, y fue una gran ayuda para el joven solitario al decidirse a dar aquel paso.
Yat-Sen
adoptó la nueva religión con gran sinceridad e, inmediatamente, empezó a convencer a sus condiscípulos chinos de que debían hacerse cristianos como él, razonando con ellos que era la manera más rápida de demostrar su determinación de romper con las viejas costumbres.

La noticia llegó a oídos de Ah-Mei, que era quien le pagaba los

estudios, y le hizo enfurecerse de un modo terrible.

«A no ser que dejes esa religión extranjera —le escribió—, no mandaré a casa más dinero para ti».

Y entonces se entabló una verdadera querella entre los dos hermanos. Yat-Sen no quería abandonar su religión, y Ah-Mei no podía convencerle de que la dejara. En la China de aquella época, el hermano mayor ejercía autoridad sobre toda la familia después de la muerte del padre y, por este motivo, Ah-Mei tenía el derecho de exigir obediencia. Pero Yat-Sen se mostró firme en su postura, y Ah-Mei lo sacó de la escuela y se lo llevó a Honolulu, con el pretexto de que tenía que firmar unos documentos para efectuar la venta de una propiedad que era de los dos. Después de haber firmado Yat-Sen los documentos, Ah-Mei persistió en su enojo. No quería ayudar a su hermano si éste no abandonaba su nueva religión, y Yat-Sen no pasaba por ello. Quedaba, pues, abandonado en una ciudad extraña, y no hubiera sabido cómo buscarse el modo de vivir si otros chinos cristianos no se hubiesen apiadado de él, recaudando el dinero suficiente para que pudiera regresar nuevamente a su patria.

Durante todo aquel episodio, Yat-Sen no hacía otra cosa que tratar de encontrar la forma de mejor socorrer a su país. ¿Cómo podría convencer a sus conciudadanos de que se rebelaran y exigiesen un Gobierno propio que mejorara las condiciones de vida de su pueblo? Se le ocurrió que quizá debiera hacerse predicador y recorrer el país para hablarles de aquella nueva religión, pues la Cristiandad siempre imbuía a los pueblos ansias de libertad. Al regresar a Hong-Kong, sin embargo, se encontró con que no existía colegio teológico alguno que pudiera enseñarle a ser predicador. Y entonces decidió

hacerse médico. Siendo un buen médico, podría ayudar a mucha gente.

Su amigo, el norteamericano Charles Hager, le dio una carta para el doctor John Kerr, famoso médico misionero y compatriota suyo, en la que le decía que Yat-Sen era un joven extraordinario y merecía ayuda. El doctor Kerr hizo que Yat-Sen ingresara en su gran hospital de Cantón, y en él estuvo estudiando el joven chino durante un año y ganándose la vida mediante el trabajo en el hospital. Entonces Yat-Sen era, en realidad, independiente, y para que su gozó fuera aún mayor, su viejo amigo Liu-Hao-Tung ingresó también en el hospital a estudiar medicina. Compartían la misma habitación y pronto lograron intimar con un tercer estudiante llamado Cheng Shih-Liang. Aquel otro joven era también natural de Shanghai y se sentía amargado por la muerte de su padre como resultado de un pleito en el cual un magistrado injusto había fallado en su contra. Shih-Liang estaba furioso al ver la corrupción de los funcionarios del Gobierno, y los tres jóvenes se reunían con frecuencia a hablar secretamente sobre lo que iban a hacer para socorrer a su patria, tan debilitada por gobernantes egoístas.

—¡Nos hallamos realmente en peligro! —exclamó Hao-Tung—. Puede atacarnos cualquier potencia extranjera, como lo hicieron los franceses, y no podríamos resistir.

Y era verdad. La China carecía de fuerzas de defensa. Y resultaba, asimismo, cierto que Francia la había atacado para apoderarse de Tonkín, el eslabón entre la Indochina, que ya poseía, y la rica provincia de Yunnán, que ansiaba ocupar como región de comercio. Los soldados chinos habían resistido valientemente, pero nada pudieron hacer contra los buques de guerra galos que se lanzaron costa arriba hasta llegar, incluso, a la ciudad de Fu-Cheú, en la provincia litoral de Fo-Kién. No era sólo la pérdida de territorio chino lo que tanto amargaba a

los jóvenes rebeldes. Yat-Sen estaba seguro de que, mientras los soldados chinos luchaban en la defensa de su solar, el Gobierno manchú de Pekín negociaba una paz indigna.

—Pero ¿por dónde podemos empezar? —preguntó Yat-Sen a sus dos compañeros.

Shih-Liang le dio la respuesta:

—Por las antiguas sociedades secretas.

Y entonces le contó a Yat-Sen que habían existido entre los chinos, durante muchos años, ciertas sociedades secretas antimanchúes cuyos miembros eran hombres decididos a rescatar a su patria. Él mismo, confesó Shih-Liang, pertenecía a una de ellas llamada *La Tríade*.

No permanecieron juntos mucho tiempo los tres amigos. Yat-Sen quería comenzar a ayudar a sus compatriotas sin pérdida de tiempo. Su hermano se mostraba propicio a hacer nuevamente las paces, desde que Yat-Sen había decidido no hacerse predicador de la religión cristiana, y le mandaba dinero para que pudiera ingresar en el nuevo Colegio Médico del gran hospital inglés que hacía poco se había inaugurado en Hong-Kong. Y allí fue Yat-Sen, contento de respirar el aire libre en aquella ciudad que se hallaba bajo mandato británico. Estudiaba y trabajaba mucho mientras soñaba con el porvenir. Se licenció en cinco años con grandes honores. Como siempre, también allí se ganó un fiel amigo: un médico inglés, uno de los fundadores del hospital, cuyo nombre era James Cantlie, más tarde *sir* James Cantlie. Yat-Sen no iba a olvidar jamás aquel nombre, pues al doctor Cantlie, andando el tiempo, le debería la vida.

III

EL REVOLUCIONARIO

ERES cirujano de nacimiento —le dijo el doctor Cantlie a Sun Yat-Sen cuando hubo terminado su carrera—. Debes dedicarte a la cirugía.

—Si lo hago —contestó Yat-Sen—, ¿me ayudará usted cuando lo necesite?

—Te lo prometo —replicó el doctor Cantlie.

Con aquella promesa, Yat-Sen se fue a la ciudad colonial portuguesa de Macao, la más importante y más cercana a su propia aldea. Allí ocupó el edificio entero de un anticuado hospital chino, y en él estableció su clínica. Corría el año 1892 y contaba a la sazón veinticinco años. Ya había nacido su primer vástago, un niño, conocido después por el nombre de Sun Fo.

Sun Yat-Sen era el primer cirujano de la ciudad y tenía muchos pacientes. Pero el pueblo desconfiaba aún de los métodos quirúrgicos extranjeros, y cuando practicaba una operación tenía que permitir que los amigos y parientes del enfermo observaran todos sus movimientos. Cuando tenía la sensación de que una operación era demasiado peligrosa para practicarla él solo, llamaba en su ayuda al doctor Cantlie, y el famoso y viejo cirujano jamás dejó de acudir a su llamada.

¿Que por qué iba a Macao a ayudar a aquel hombre?, preguntaba después el doctor Cantlie. Por la misma razón que otros habían luchado y muerto por Sun
Yat-Sen

; por que le quería y le respetaba.

El hospital de Macao no duró mucho tiempo, sin embargo, porque Yat-Sen se enteró de que tenía que poseer título portugués, y a los veintiséis años no quería volver a la Universidad para revalidarlo. Decidió entonces irse a la China del Norte, a tratar de conseguir plaza en un nuevo hospital inaugurado en
Tien-Tsin
por el famoso y viejo virrey chino Li Hung-Chang.

El virrey acababa de regresar con gran pompa de su viaje alrededor del mundo, y volvía deseoso de ayudar a su patria a fundar instituciones modernas, como las vistas por él en otros países.
Yat-Sen
había oído hablar mucho del virrey, y soñaba con entrar a su servicio y participar en sus planes para la modernización de la patria. Preparó, pues, una memoria en la que expuso sus propias ideas y proyectos para la China, esperando poder entregársela a Li Hung-Chang personalmente. Pero ¡ay!, eran muchos los que deseaban llegar hasta el gran hombre, y nadie conocía al humilde Sun
Yat-Sen
. No le dieron el empleo, ni siquiera le concedieron una entrevista, y tuvo que volver a guardar su memoria en el bolsillo. Le había acompañado en el viaje su amigo
Hao-Tung
, el cual participaba de sus esperanzas y de sus sueños. Y les resultó aún más duro su fracaso al saber de otro joven llamado Yuan
Shi-Kai
, un robusto ejemplar de hombre a quien Li Hung-Chang apadrinaba y cuyo mayor interés era la creación de un ejército moderno.

Sin embargo, fue una buena idea el que Yat-Sen escribiera en un papel lo que creía que su país necesitaba. Propugnaba el desarrollo de los recursos naturales de su patria: la agricultura, la minería, el comercio. Deseaba establecer la enseñanza pública gratuita y, especialmente, escuelas de oficio donde los chinos pudieran aprender de maquinaria, de agricultura, de la construcción de ferrocarriles, de la apertura de minas. Había que desarrollar, primero, la agricultura, para que la gente dispusiera de más

alimentos. Y Sun
Yat-Sen
jamás alteró aquel programa.

Aun así, Yat-Sen no podía hacer otra cosa que volver a su profesión. Pero ya no tenía el corazón puesto en ella. El practicar la medicina era una forma poco eficaz de ayudar a su patria; resultaba demasiado lento el tratar de sanar a un enfermo tras otro. Quería actuar rápida y fundamentalmente. Y la forma de hacerlo, pensó, era llegar a los jóvenes y fuertes y ponerlos alerta en cuanto a los peligros que corría su debilitado país. Tarde o temprano —pensaba él— la China sería atacada por un país más fuerte, porque la debilidad era una invitación al ataque.

Y tenía razón. En 1894, el Japón atacó a China con toda su fuerza. El Japón tenía armamento moderno y China no. El desenlace era inevitable. El Japón ganaría la guerra, que sería corta. Y, sin embargo, una guerra perdida —pensaba
Yat-Sen
— quizá representase la oportunidad que buscaba. El pueblo podría estar lo suficientemente enfurecido, humillado y asustado para rebelarse y exigir un cambio de gobierno. Entonces se presentaría su oportunidad, y podría llevar la revolución por cauces constructivos y sanos, y ayudar a establecer un verdadero gobierno republicano, algo así como la forma de gobierno de los Estados Unidos. Pero aquello costaría dinero, y
Yat-Sen
no lo tenía.

En un caluroso día de agosto, no mucho después del comienzo de la guerra, Yat-Sen tomó su decisión definitiva. Cerró para siempre el hospital y se entregó por entero a la vida con que había soñado durante tanto tiempo. Decidió, antes que nada, irse a Honolulu y hablar con los comerciantes chinos para convencerlos de que le dieran dinero para la causa. Y sacó de su mesa de despacho aquel papel que no había podido entregar a Li Hung-Chang, y lo envió a un periódico avanzado de Shanghai para que se lo publicaran. La gente educada lo leería, y su nombre y sus ideas se darían a conocer. /

En Honolulu, Yat-Sen habló privadamente con los comerciantes chinos, y les dijo que su patria corría gran peligro.

—Jamás fue el egoísmo tan egoísta —les dijo con grave vehemencia—. El país entero está sumido en un mar de confusiones. Nadie entiende nada. No hay quien salve la situación. ¿Cómo vamos a evitar, pues, la desgracia? Si no hacemos un esfuerzo para defendernos, si no despertamos a tiempo, los miles de años de tradición y de moral serán total e irremisiblemente destruidos. ¿Quién ha de hacerse responsable ante tal estado de cosas? ¿Quién sino los hombres honrados y serios que saben cuál es esa situación?

Sun Yat-Sen era un orador nato. Su erecta y delgada figura; su cara, enjuta y cuadrada; sus temerarios ojos, de mirada ardiente, impresionaban a todos cuantos le veían y, al hablarles, su voz cálida y profunda les resultaba irresistible.

Pero lo que más convencía a todos era su honradez. Llevaba la integridad escrita en el semblante y se veía claramente que se trataba de un hombre desinteresado y generoso, consagrado a la consecución de la libertad de la patria y del bienestar de su pueblo.

Los comerciantes chinos de Honolulu corrieron en su ayuda uno tras otro, y aquel mismo año fundó la primera sociedad patriótica, la *Hing Chung Huei*, o Sociedad por la China Próspera. Él fue el primer iniciado; puso su mano sobre una Biblia abierta y juró fidelidad a las miras y principios de la sociedad, firmando acto seguido en el registro. Un reducido número de hombres, todos ellos jóvenes, se unieron a él y se juramentaron para trabajar por una nueva China, una nación moderna y con la fuerza suficiente para resistir los ataques de cualquier enemigo. El plan era establecer ramificaciones de aquella sociedad en todas las partes del mundo donde hubiera aunque sólo fuesen quince personas dispuestas a unirse para aquel fin. La sede de la sociedad estaría en la misma China.

La primera necesidad era, desde luego, el dinero, y cada socio tenía que entregar diez dólares, aunque con la esperanza de que quizá fuera en calidad de préstamo, el cual podría ser devuelto algún día, con intereses, por un gobierno nuevo y fuerte.

Ah-Mei fue uno de los que ingresaron en la sociedad. Le asustó el ataque japonés a su patria, y le había anonadado el visible desamparo del pueblo y la traición de su Gobierno.

Ah-Mei
era, por aquel entonces, un hombre próspero, y no quería ser testigo

de la perdición de su país. Ahondó, pues, en sus bolsillos e hizo una entrega generosa. Al fin creía en la razón de su hermano.

Entonces comenzó para Sun Yat-Sen la vida de activo revolucionario. En uno de sus trabajos escribió:

«Las revoluciones no se hacen por el interés de unos cuantos. Son, por el contrario, el resultado de la acción revolucionaria de las masas. Washington y Napoleón no fueron, precisamente, los principales factores de las revoluciones norteamericana y francesa. Al encontrar los norteamericanos intolerable el yugo inglés, invitaron a Washington a acaudillarlos, y se sublevaron. En Francia fue después de la Revolución cuando surgió Bonaparte para adueñarse del poder. Ambos fueron elevados al caudillaje por el empuje de la revolución».

Sun Yat-Sen creía que también él era hombre para dar aliento y empuje a la ola revolucionaria. ¿Qué era la revolución, preguntaba, más que la determinación de un pueblo, durante largos años oprimido por la pobreza, la desesperación y el descontento, de cambiar el estado de cosas? Lo que el pueblo desea a cambio de lo que tiene no está siempre claro; pero sí sabe una cosa: que aquello que tiene le resulta intolerable. Era inevitable, pensaba Sun Yat-Sen, que un pueblo llegado a ese punto escogiera al hombre que había de acaudillarle en la lucha. Él se creyó el elegido en el caso de China y, dominado por un solemne sentido del deber, y sintiendo de corazón la llamada de aquel deber, comenzó a prepararse para el caudillaje.

No había sido él, sin embargo, el primer hombre en proclamar que la China tenía que cambiar de régimen si había de sobrevivir en un mundo moderno. Ciertos hombres arrojados y cultos habían venido criticando la corrupción y la ignorancia de sus gobernantes durante varios siglos. El mismo Confucio había sembrado la enseñanza de que el gobernante tenía que sentir preocupación por su pueblo como el padre la siente por los hijos. Sin embargo, como siempre sucede, los hombres arrojados y cultos no abundaban entonces. La mayoría de los eruditos clásicos dependían, precisamente, del Gobierno, para vivir, pues los que salían airosos de los exámenes imperiales eran elegidos funcionarios del Estado casi sin excepción. Y aunque conocían los principios del buen

gobierno, no osaban insistir en que se practicasen y acostumbraban a repetir el antiguo proverbio: «El saber es fácil, pero es duro el obrar». Y en este viejo proverbio se escudaban para mantenerse en la inacción, mas contra esta excusa se declararon abiertamente los escasos hombres arrojados y cultos que había mucho antes de que Sun Yat-Sen viniera al mundo.

Yen Yuan, por ejemplo, había dicho ya en época lejana:

—Lo que yo quiero es movimiento, actividad, realidades.

Y Li Kung, varias décadas más tarde, buscaba, apremiado, en todos los ámbitos del saber, del conocimiento basado en la experiencia y en la investigación.

Hsu-Shih-Chang, en su gran obra titulada «Vida y trabajos de los eruditos Ching», señalaba que la mayor preocupación de dichos eruditos era la de convencer a los gobernantes de que pusiesen en práctica reformas sinceras dentro del Gobierno y en beneficio del pueblo.

Aquellos eruditos comenzaron a leer obras y a estudiar las realizaciones occidentales. Estaban interesados en todo el mundo, así como en su propia patria. Y valiéndose de su pluma y de su palabra, sembraron la semilla del descontento entre el pueblo, y aquel descontento se transformó, poco a poco, en una ola revolucionaria cuya cresta se creía ser el propio Sun Yat-Sen.

Existían dos tendencias, sin embargo, entre los revolucionarios. Los adictos a una de ellas creían en la continuidad de la monarquía y en las reformas llevadas a cabo mediante su poder. Acaudillaba este grupo Yuan Shi-Kai, el mismo joven a quien el virrey Li Hung-Chang había prestado protección. Los seguidores de la obra, dirigidos por Sun Yat-Sen, creían que los emperadores nunca se reformaban y había que destronarlos y elegir un Gobierno representativo del pueblo.

Y los dos dirigentes, Yuan Shi-Kai y Sun Yat-Sen, habían de oponerse hasta el fin amargo de sus separadas vidas.

La escisión entre las dos tendencias llegaba hasta las más altas esferas. Yuan Shi-Kai llegó a tener gran influencia en la corte manchú en el cargo de Primer Ministro. Conocía a su adversario Sun Yat-Sen y vigilaba todos sus movimientos.

Antes de que Sun pudiera verse completamente en libertad de seguir su peligroso y solitario camino, tuvo que pasar por el dolor de ver cómo su decisión iba a acarrear el castigo sobre su familia.

Sun había proyectado ir directamente desde Honolulu a los Estados Unidos para continuar la organización de los patriotas entre los chinos allí residentes. Antes de que pudiera emprender el viaje, recibió carta de un amigo de Shanghai, apellidado Soong, y cuyo nombre era Charles Jones. Este nombre de Charles, extraño en un chino, se lo había apropiado el mismo Soong muchos años antes, siendo camarero de un barco norteamericano. El capitán del barco, Charles Jones, se sintió atraído por el alegre y vivaz camarero que le servía. Sabiendo que poseía inusitada inteligencia, decidió ayudarle a hacer amistades americanas que pudieran proporcionarle los medios de estudiar. Y así lo hizo, pues, años más tarde, Charles Soong regresaba a su patria y se convertía en rico y próspero comerciante en Shanghai.

Soong era un entusiasta del movimiento revolucionario y, especialmente, de Sun Yat-Sen. Y en aquella época, al ver a los japoneses a corta distancia de la victoria en su guerra con la China, animó a Sun Yat-Sen a regresar a sus lares y a dar impulso inmediato a la revolución, puesto que, si no lo hacía, la patria sería víctima de la derrota.

En vez de encaminarse hacia el oeste, pues, Sun Yat-Sen reunió a algunos de su grupo y se trasladó con ellos a Hong-Kong. Allí abrió una tienda, que era en realidad una oficina. En ella fraguaba sus planes para la compra de municiones, dinamita y armas, así como para reclutar gente. Pero la guerra con el Japón terminó repentinamente. La China se hallaba vencida y se vio obligada a ceder al Japón la rica y hermosa isla de Formosa y a conceder la independencia a Corea que, hasta entonces, había sido

una dependencia china. Aquello quería decir que el Japón proyectaba la anexión de Corea, y, efectivamente, procedió a hacerlo.

La derrota no llevó a China el bienestar ni la paz. Los soldados, licenciados del ejército, merodeaban por los campos robando y despojando. El Gobierno nada hacía para socorrerlos ni para ayudar al pueblo. Y entonces, más que nunca, pensaba Sun Yat-Sen, tenía que organizarse la revolución.

Y trabajó con más ahínco, y reclutó más y más hombres.

El complot que se fraguaba fue descubierto, repentinamente, en septiembre de 1895. Un envío de seiscientas pistolas metidas en barriles, con rótulos que indicaban «Cemento», fue descubierto por las autoridades aduaneras británicas. El Cuartel General de Sun fue registrado inmediatamente. En la escaramuza perdieron la vida cinco adictos de Sun y fueron detenidos setenta más. El primero en caer fue el viejo amigo de Sun Yat-Sen, Liu Hao-Tung, que había estado a su lado desde el principio y colaborando con él. Aquél fue el principio de los grandes sacrificios que exigía la revolución, y uno de los que más pesaron sobre el corazón de Sun Yat-Sen y que no lo olvidó jamás.

Sun Yat-Sen logró huir, y lo ocultaron unos amigos en Cantón. Luego, huyendo nuevamente, se fue a pie por entre los laberintos de canales y caletas del delta del río Pearl, el histórico centro de las bandas de piratas. Nadie reconoció aquel hombre desgreñado y pobremente vestido. Se dirigió después hacia Macao, primero a pie y en barca luego, y al llegar a sus puertas vio un cartel en el que se ofrecía una crecida suma por su captura. Entonces decidió irse de Macao y dirigirse nuevamente a Hong-Kong. Una vez allí, buscó a su viejo amigo el doctor Cantlie, quien le aconsejó que consultara con un abogado y averiguase qué protección podría pedir a los ingleses. Pero el abogado le informó que no podía esperar ninguna y que lo mejor era que huyese de allí

cuanto antes y lo más lejos posible.

—Le advierto —le dijo el abogado— que el brazo de Pekín sigue siendo largo, y el Gobierno manchú puede alcanzarle no importa en qué parte del mundo se encuentre.

Sun Yat-Sen sabía que hasta que consiguiera su propósito de dar a su país un nuevo gobierno, tendría que vivir como un fugitivo y actuar en secreto. Así que se marchó de Hong-Kong y se dirigió al Japón. Para eso tenía que disfrazarse. Se cortó, primero, la trenza que todo chino llevaba por entonces. Aquello, de por sí, representaba un acto de rebeldía, un paso revolucionario, puesto que la trenza era la señal de sumisión al Gobierno manchú. Se dejó crecer el bigote y se compró modernos vestidos japoneses. Luego se miró al espejo y se quedó pasmado. Su color era más oscuro que el de la mayoría de los chinos y parecía realmente japonés. Pasando por japonés se sentiría seguro, porque los japoneses eran los conquistadores y, como tales, no se les podía molestar.

Cuando se alejó del Japón y volvió nuevamente a Hawai, Yat-Sen halló a su hermano profundamente angustiado. Al ser descubierto el complot, la familia, que habitaba en la casa solariega del villorrio, cerca de Cantón, corría peligro inmediato. Era una costumbre antigua, china y manchú, el castigar a la familia por el pecado revolucionario de cualquiera de sus miembros, especialmente si no se le podía encontrar. La huida rápida de la familia era lo único que podía ponerla a salvo. Ah-Mei, preocupado y generoso, les envió en seguida dinero para que se fueran a reunir con él a Hawai. Allí los encontró a todos Sun Yat-Sen, incluso a su mujer y a sus hijos. Su anciana madre le echó en cara el desastre.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Por qué acarreaste estas tribulaciones sobre tu familia?

Sun Yat-Sen jamás pudo convencerla de que se trataba de la consagración de un hombre al servicio de la patria, pero también tenía que sufrir aquella incomprensión. El peligro que corría la familia era verdadero. Esto quedó demostrado cuando un

bondadoso vecino de su pueblo, que ayudó a la familia a escapar, fue encarcelado. El hijo de este vecino, otro rico comerciante de Hawai, no pudo conseguir su libertad, ni aun ofreciendo por su rescate fuertes sumas de dinero. Sólo después de seis años logró libertarlo el ministro chino en Washington.

El revolucionario no sólo se sacrificaba personalmente, sino también a su familia y a sus amigos. Pero en aquellas fechas Sun Yat-Sen sabía ya el precio de todo ello, y lo aceptaba. De entonces en adelante, poco tiempo pudo dedicar a su mujer e hijos, y Ah-Mei se cuidó de ellos lo mejor que pudo. Sun Yat-Sen estaba libre; pero se sentía rodeado de soledad.

IV

UN HOMBRE PERSEGUIDO

YAT-SEN decidió llevar a cabo su proyecto de trasladarse a los Estados Unidos, y luego a Inglaterra y a la Europa continental para ver a los chinos de todos esos países y recaudar dinero y alistar hombres para comenzar de nuevo la revolución.

Un día del año 1896, poco antes de partir, se encontró en una calle de Honolulu con uno de sus mejores amigos, el doctor Cantlie, que iba acompañado de su esposa y de sus hijos, con una niñera japonesa. Habló con ellos, pero no le reconocieron. La niñera le habló en japonés. Tan perfecta era su transformación. Sun Yat-Sen sonrió y se presentó, pero no habló con ellos mucho rato. Cuando el doctor Cantlie le dijo que se hallaba a punto de partir para Londres, Sun Yat-Sen exclamó:

—¡Ah, nos veremos allí!

Y continuó su camino.

Fue aquél un encuentro casual, pero importante; una afortunada coincidencia como muchas de las que concurrieron en la vida de Sun Yat-Sen.

Poco después de aquel encuentro, salía Sun para San Francisco de California, en donde logró entrar por su aspecto marcadamente

japonés. Viajó durante tres meses por todo Norteamérica, reuniendo secretamente a los chinos y contándoles la desesperada situación en que se hallaba la patria. Los apremió para que se organizaran y diesen dinero y se alistasen para derrotar al despótico y egoísta Gobierno manchú, contribuyendo así a la creación de una república como la de los Estados Unidos. La tarea era dura, y se vio decepcionado con frecuencia.

—Aunque trabajaba con gran ahínco —contaba después—, pocos me prestaban atención. Sólo encontraba unos pocos, a lo sumo una o dos docenas de hombres en cada ciudad, que acogían con favor mis ideas revolucionarias.

Se sentía seguro viajando por todas partes en lo que parecía de riguroso incógnito. Lo que él no sabía era que el ministro chino en Washington estaba enterado de su llegada a San Francisco. El ministro había contratado un servicio de detectives para que lo siguieran a todas partes, informándole de sus movimientos, y mandándole descripciones de él y hasta una fotografía que, indiscretamente, se había hecho Sun
Yat-Sen
para dedicársela a sus amigos de San Francisco.

Cuando Sun salió más tarde para Londres, el ministro chino en Washington escribió a su colega en la capital inglesa dando órdenes de que fuera sometido a vigilancia por detectives. Tenía que recabar del Gobierno británico la entrega de
Yat-Sen
basándose en que se trataba de un criminal político, y tendría que enviarlo a la China para que fuese guillotinado por intento de derrocar al Gobierno de Pekín.

El ministro chino en Londres obedeció en todo cuanto pudo. Hizo que se siguiera a Sun
Yat-Sen
, pero el Gobierno inglés se negó a entregarlo, manifestando que no tenía con China tratado alguno que le obligase a ello. Mientras tanto, Sun
Yat-Sen
, durante diez venturosos días, recorrió la grande e interesante ciudad de Londres. Visitó con frecuencia a sus amigos, los Cantlie, que vivían en Portland Place, no muy lejos de la legación china.

Un domingo por la mañana, camino de la casa del doctor Cantlie para ir a la iglesia con la familia, un chino se detuvo a hablarle en la calle. Después de varios minutos de amistosa charla, llevó a Sun hacia la legación y le invitó a entrar y a conocer a la gente. Todos se mostraron muy cordiales y le enseñaron el edificio entero, hasta el tercer piso. Al llegar a éste y entrar en una habitación, la puerta se cerró repentinamente tras él. En aquel instante se dio cuenta de que había sido demasiado incauto, pues vio ante él un inglés alto, de mirada fría. Era *sir* Halliday Macartney, consejero británico de la legación china.

—Hemos oído hablar de usted —dijo *sir* Halliday con severidad —. Se nos ha informado desde Norteamérica que un prisionero político llamado Sun había salido de allí con destino a esta isla. Usted es, indudablemente, ese hombre. Nos es preciso detenerle aquí hasta que podamos comunicarnos con Pekín y recibamos instrucciones del Gobierno.

Sun observó que era inútil tratar de conmover a aquel hombre de corazón de hielo.

—¿Cuánto tiempo habrá que esperar? —preguntó.

—Hasta que autoricen los gastos de un barco que le lleve — replicó el inglés.

Sir Halliday abrió la puerta y se fue. En aquel instante en que la puerta estuvo abierta, Sun
Yat-Sen
pudo ver la guardia armada que le custodiaba. La puerta se cerró, y oyó el ruido del cerrojo al correrse.

¡Sun Yat-Sen estaba preso!

* * *

¿Qué esperanza le quedaba? Se hallaba preso y solo. Nadie sabía que estuviese en Londres, excepto el doctor Cantlie, y carecía de medios para comunicarse con el único amigo que tenía. La puerta no se abría más que tres veces al día para dejar paso a un criado inglés que le llevaba la comida y el escaso carbón para la chimenea. Sun, a solas, pensaba en su probable destino. Si los funcionarios de la legación lograban mandarlo a la China, sería torturado y luego ejecutado en la forma tradicional y reservada a los traidores. Y, sin embargo, él no era un traidor, sino un patriota.

No podía comer ni dormir. Los días corrían lentos y la hora de la llegada del cablegrama del Gobierno imperial de Pekín autorizando el desembolso del dinero para contratar el barco que había de llevarle a su tierra se acercaba inevitablemente. ¿Qué podía hacer él? Invocó, desesperadamente, la ayuda del Señor. Escribía cartas en cualquier trocito de papel que encontraba y las dejaba caer por la ventana, envolviendo las monedas que tenía en sus bolsillos cuando fue detenido, para que el viento no las arrastrase. Valiéndose de un intérprete que entraba de cuando en cuando para que pudiera entenderse con los sirvientes de la legación, o con los funcionarios de la misma, trató de comunicarse con el doctor Cantlie, mas el intérprete se hallaba demasiado asustado para acceder a ayudarle.

Al fin, Sun Yat-Sen decidió apelar al criado que le servía. Aquel hombre, reflexionó Sun, era cristiano y, en nombre de su religión, Sun Yat-Sen logró convencerle. Del mismo modo que el sultán de Turquía quería matar a todos los cristianos, le dijo al criado, el emperador de China deseaba matarle a él por ser también cristiano.

—Mi vida está en sus manos —le dijo al sencillo y asustado criado—. Si hace que mi situación se conozca en el exterior, me salvarán. Si no, seré ejecutado irremisiblemente.

Sun Yat-Sen le habló con terrible sinceridad, aunque con profunda calma. Había estado rogando al Señor durante varios días, y en la mañana del día antes de esta conversación, un viernes, dieciocho de octubre, le pareció que sus ruegos iban a dar fruto. Estaba arrodillado y se levantó invadido por una nueva convicción. No sabía cómo, pero presentía que iba a triunfar en lo que antes le había sido imposible. Al hablarle Sun como cristiano, aquel hombre no osó negarle su ayuda. Prometió pensarlo, y lo pensó tanto que incluso se lo comunicó a su esposa.

El resultado de aquella gestión fue que, cerca de la medianoche del día siguiente, el sábado 19 de octubre de 1896, sonó el timbre de la casa del doctor Cantlie. Cuando éste abrió la puerta, no había nadie; pero sobre el peldaño vio un papel.

La mujer del criado, con menos temor y quizá con más fe cristiana, había decidido que si su marido no se atrevía a avisar al doctor Cantlie, lo haría ella misma.

El doctor Cantlie recogió el papel y leyó:

> *Hay un amigo suyo prisionero en la legación china. Tratan de enviarlo a su tierra, donde indudablemente será ahorcado. Es muy triste para el pobre hombre, y a no ser que se haga algo inmediatamente, se lo llevarán y nadie se dará cuenta de ello. No me atrevo a firmar con mi nombre, pero lo que digo es verdad, así que créalo usted. Lo que piense hacer, tiene que hacerlo al momento, o llegará demasiado tarde. Su nombre es, me parece, Sin Yin Sen.*

¡Al fin sabía el doctor Cantlie dónde había ido a parar su joven amigo chino! Hacía días que los Cantlie se preguntaban con extrañeza por qué Sun Yat-Sen había desaparecido tan repentinamente. Sabiendo el peligro en que vivía, no se habían atrevido a indagar.

—Si aquella humilde mujer hubiese fallado en su propósito —explicó el doctor Cantlie más tarde—, la regeneración de China hubiera sufrido un retraso indefinido, pues el reformista hubiera perdido la vida y los manchúes estarían aún en el poder.

El doctor Cantlie no perdió un instante. Se fue inmediatamente a Scotland Yard, aunque era ya más de la una de la mañana, e informó del caso de Sun Yat-Sen, ante la indiferencia del inspector de servicio.

—Vuelva a su casa y no diga nada —le aconsejó—. Es asunto que no nos concierne ni a usted ni a nosotros.

Lo que hizo el doctor Cantlie fue regresar a su casa a esperar el amanecer. Y bien temprano volvió a Scotland Yard acompañado de un amigo, *sir* Patrick Manson, y dio el informe a otro inspector. El inspector manifestó que ya había informado sobre aquel asunto durante la noche un «loco excitado y borracho», y que no se podía hacer nada. El «borracho» era, naturalmente, el propio doctor Cantlie, que, desde luego, podía haber estado excitado, pero jamás borracho.

Scotland Yard no quiso hacer nada, y el doctor Cantlie escribió a los periódicos, esperando que la publicidad podría ayudar a Sun Yat-Sen

. *The Times*, sin embargo, se negó a publicar su informe cuando el doctor se presentó en la redacción aquel domingo por la noche.

El lunes por la mañana, el doctor Cantlie se fue al *Foreign Office* y entonces comenzó el expediente. Una petición para conseguir la libertad de Sun
Yat-Sen
fue denegada por un juez del *Old Bailey*. El doctor Cantlie estaba desesperado. Contrató un detective para que, sentado en un taxi frente a la legación china, pudiera vigilar si hacían desaparecer a Sun
Yat-Sen
.

Sin embargo, un redactor de otro diario, *The Glose*, oyó rumores de lo que sucedía, y el doctor Cantlie le concedió una entrevista. La información fue publicada el jueves por la tarde y, poco después de la salida de la edición, la legación china se vio asediada por un enjambre de periodistas que solicitaban un informe detallado del caso. Esto hizo que se levantase la opinión pública, y *sir* Halliday Macartney se dio cuenta entonces de que el complot no podía llevarse a cabo.

En aquellos momentos se hallaba dispuesto a intervenir en el asunto lord Salisbury, Primer Ministro de la Corona. Envió al ministro chino una nota cortés alegando que la detención de Sun era contraria a las leyes británicas, y le aconsejaba que pusiera al preso en libertad.

Al día siguiente, el Ministerio de Asuntos Exteriores británico envió unos mensajeros a la legación china, y ésta les entregó a Sun
Yat-Sen
, dejándolo en libertad. El doctor Cantlie lo llevó a su casa a descansar y a recuperarse. Veinticuatro horas después, sólo con un retraso insignificante, la legación china recibió un cablegrama de Pekín autorizando los gastos para el envío de Sun
Yat-Sen
a China, donde recibiría el castigo correspondiente a un traidor.

V

UN PUEBLO MORTIFICADO

¿UN hombre libre? Sun Yat-Sen sabía que jamás volvería a ser libre si no triunfaba. Dondequiera que estuviese, en cualquier casa donde se encontrase, despierto o durmiendo, entre amigos o enemigos, era un hombre marcado a cuya cabeza se le había puesto precio. Se veía obligado a viajar, con frecuencia, disfrazado de labrador o de buhonero. Y así iba a tener que vivir durante diecisiete años, teniendo que afrontar el peligro constante de un atentado contra su vida.

Una vez, en Nankín, estando escondido en un sampán, entró un hombre en su camarote diciéndole que le habían ofrecido cinco mil dólares por prenderlo. Sun Yat-Sen razonó con él tranquilamente y le explicó que el único propósito de su vida era trabajar por la salvación de su patria y convertirla en un lugar donde el pueblo pudiera vivir mejor.

Aquel hombre le escuchó en silencio, y al fin cayó de rodillas pidiéndole perdón. Luego salió del camarote y se colgó de un árbol por habérsele ocurrido pensar en traicionar a un hombre como Sun Yat-Sen.

Otra vez, estando oculto en una choza en las afueras de la ciudad de Cantón, fueron a matarlo unos soldados, pero los pescadores lo defendieron y dieron muerte a los frustrados aprehensores.

Más tarde, hallándose en la isla de Hainán, se vio obligado a vivir en una casita humilde, sin salir a la luz, durante seis meses, al cabo de los cuales varios amigos, ayudados por unos vecinos, le prepararon la huida.

Una vez más, en Cantón, penetraron en otra casa, donde se hallaba escondido, dos funcionarios del Gobierno al frente de un pelotón de soldados. Iban decididos a prenderlo, porque su captura o su muerte iba a proporcionarles crecidas recompensas. Y nuevamente Sun hizo uso de su palabra para convencerlos. Cogió de su mesa uno de sus sagrados libros y comenzó a leer en voz alta. Los presuntos aprehensores comenzaron a hacerle preguntas y, al fin, temerosos de aniquilar tanta bondad, le dejaron y se fueron por donde habían llegado.

En los años venideros, Sun Yat-Sen iba a salvar su propia vida, no luchando por defenderla ni desertando de su causa, sino mediante el sencillo don de su palabra y el de su gran integridad, algo que los hombres no podían poner en duda, así como por la arrolladora fuerza de su personalidad.

* * *

La vida empeoraba de día en día para el pueblo chino. Después de su agotadora guerra con el Japón, otras cuatro potencias aprovecharon la derrota para beneficiarse a su costa: Alemania ocupó el puerto de Tsingtao, situado en el norte del Imperio; Rusia se adueñó de Port Arthur, en Manchuria; Inglaterra se apoderó de Weihaiwei, en el norte, y Francia se quedó con Kwangchow-wan. Éstas y otras potencias comenzaron a discutir entre sí la división del Imperio en esferas de influencia, en las cuales disfrutarían de privilegios especiales en el mando político y en el comercio. Aquello significaría, a fin de cuentas, la posesión total del país. Un siglo antes, la India se había convertido en colonia inglesa de una manera parecida.

El Gobierno de Pekín era demasiado débil para poder evitar tal usurpación. El viejo emperador había muerto, y el joven sólo contaba veintisiete años de edad. La emperatriz viuda, que llevaba en realidad las riendas del Gobierno, era una mujer ignorante y egoísta que había malgastado el dinero recaudado entre la gente para la construcción de una Armada moderna. Con aquel dinero

había construido, para su propio placer, en el lago cercano a su palacio veraniego, un gran buque de mármol.

Todos los chinos que tenían un poco de cabeza se asustaron de lo que podría suceder a su patria. Chang-Chih-Tung, el virrey de Hu-nán y Hu-pe, dos de las más importantes provincias del Imperio, escribió un libro titulado: *Una carga para aprender*. En él decía: «¿Qué va a ser de nosotros? Si no cambiamos pronto, quedaremos convertidos en esclavos de los occidentales».

El joven emperador, bajo la influencia de sus maestros, que eran hombres buenos e inteligentes dio su franca aprobación al libro e hizo publicar edictos abogando por la adopción de amplias reformas: había que abrir escuelas de fondo occidental, construir ferrocarriles, y todo el sistema de gobierno tenía que ser reformado. ¡Ay de aquel joven idealista!

El primer ministro, Yuan Shi-Kai, no quería perder su cargo, como tenía que perderlo, forzosamente, si el Gobierno era derrocado, y comunicó secretamente a la emperatriz viuda los proyectos del joven emperador. La emperatriz actuó con rapidez y con firmeza: los maestros del emperador, con la excepción de Kang Yu-Wei y Liang Chi-Chao, que lograron huir, fueron decapitados, y hasta el propio emperador quedó preso en su propio y lujoso palacio. Y así la vida del país transcurrió como hasta entonces.

¿Y dónde estaba Sun Yat-Sen a la sazón? Se preparaba sigilosa, calladamente para el futuro, fortaleciéndose mental y físicamente para el caudillaje que tenía que emprender en serio. Se hallaba en Londres aún, pasando horas enteras en el Museo Británico leyendo, estudiando historia y economía, sistemas de gobierno, agricultura y reformas agrarias, ferrocarriles e industrias. En fin, todo lo que más tarde había de ser provechoso para su propio pueblo. Para su pueblo lo quería todo, y todo sin pérdida de tiempo.

En Inglaterra y en los países de la Europa continental, la lucha por el gobierno democrático y por las mejoras sociales se dividían en esfuerzos separados. Las mejoras de que disfrutaban habían costado centenares de años de lucha y aún se hallaban muy lejos del final. Pero nada era imposible para Sun Yat-Sen. Quería un gobierno democrático y mejoras sociales en su patria, pero todo a un mismo tiempo.

Dos años invirtió Sun Yat-Sen estudiando en Inglaterra y en viajar por Europa para ver por sí mismo el progreso alcanzado por las naciones occidentales. Después de aquellos dos años, dispuesto ya para emprender la tarea, regresó a su mundo, deteniéndose sólo un corto espacio de tiempo en Honolulu para ver a su familia.

Iba a hacer del Japón su base de operaciones. Había allí decenas de miles de jóvenes chinos estudiando y trabajando, porque el Japón, a pesar de su victoria en la guerra, e incluso, quizás, a causa de ella, se había convertido en lugar de esperanza.

El Japón, país asiático, se había transformado en país moderno en corto plazo. Estaba abriendo escuelas modernas, construyendo hospitales y ferrocarriles, y creando un Ejército y una Armada. Los liberales tenían las riendas del poder en el Gobierno. Inukai y Okuma, dos grandes caudillos liberales, se mostraban dispuestos a apoyar a Sun y le invitaron a Tokio. Sun aceptó la invitación, y habló con ellos durante muchas horas, según dijo después, como si hubiesen sido «amigos íntimos de toda la vida».

Sun regresó del Japón, hábilmente disfrazado como siempre iba, a una China dividida por un pueblo perturbado. Todo seguía igual en apariencia. Los labradores sembraban sus semillas y recolectaban sus cosechas. Las ciudades se mantenían en plena actividad, con sus pequeños negocios y sus grandes establecimientos. La juventud se educaba en el seno de las viejas familias chapadas a la antigua, se casaba, tenía hijos y ocupaba en la sociedad el lugar que les correspondía. En Pekín, la emperatriz viuda gobernaba con su habitual despotismo, decidida a mantener el país dentro de los límites de lo que había sido durante los últimos doscientos años. Era una mujer hábil y orgullosa, pero ignorante y obstinada, incapaz de dar crédito a la verdad que se le antojaba no creer. Y una de las verdades que no quería creer era que el mundo entero estaba

cambiando, que el avance del moderno Occidente no podía ser contenido, y que la China milenaria tenía que cambiar igualmente si había de continuar siendo nación soberana.

¿Dónde podía Sun Yat-Sen buscar ayuda? La mayoría de los viejos eruditos seguían apoyando al Imperio. Éste los había tratado bien y, de acuerdo con la vieja costumbre, al aprobar los exámenes imperiales, les daba cargos de gobierno. Muchos de ellos no habían hecho viajes por el extranjero ni habían visto ningún país occidental, y les resultaba difícil creer que la China no pudiera continuar viviendo con su antiguo y cómodo ritmo. Había entre ellos, sin embargo, algunos que comenzaban a abrigar ciertos temores. Eran éstos los hombres íntegros, valientes y, especialmente, los que habían viajado.

El Gobierno no ponía coto a la codicia de los países extranjeros y, para evitar complicaciones, cedía con extremada facilidad a sus demandas sobre los tesoros y los recursos nacionales. A Rusia, por ejemplo, le cedió territorio en Manchuria con el derecho de construir un ferrocarril a Siberia. Los alemanes habían obtenido la concesión para construir otro en la importantísima provincia norteña de Shantung. Los franceses y los belgas, por otra parte, poseían una amplia red que se prolongaba, a través de todo el país, desde Hankow a Pekín.

Muchos chinos, especialmente los educados, se hallaban muy intranquilos por aquello. Los ferrocarriles, decían, no deberían estar en manos extranjeras; porque ello representaba que los extranjeros ejercían el mando de las actividades de comunicación del país, y tendrían el comercio en sus manos.

Y, sin embargo, a pesar de aquella opinión, la mayoría de los eruditos y de los intelectuales del país no sabían qué hacer. No podían cambiar la opinión de la emperatriz viuda y, por otra parte, no querían dar aliento a una revolución que podía destruir un régimen que les favorecía.

Sun Yat-Sen regresó fresco del Japón, con la cabeza pletórica de ideas y lleno de inspiración por haber visto lo que aquel vigoroso país había logrado. Pero pronto advirtió que la ayuda que necesitaba no podía llegar de los atrincherados hombres cultos de su patria. Tenía que buscar hombres y dinero en otra parte. Recordó entonces el consejo de Cheng Shih-Liang, su amigo de la época

estudiantil, y buscó el apoyo de las sociedades secretas.

Para llegar a entender a la China, es necesario darse cuenta del lugar que, en el pasado siglo, ocupaban en ella las sociedades secretas. El país había sido conquistado más de una vez por un pueblo extranjero. Cuando ocurrían aquéllas conquistas, el pueblo chino, carente de Ejército y Armada, parecía ceder. Pero, en realidad, nunca cedía. En las sociedades secretas se hallaba siempre latente la semilla de la revolución. Los miembros de aquellas sociedades eran hombres patrióticos que esperaban el momento oportuno, manteniendo vivo entre ellos el espíritu de su filosofía y de sus costumbres antiguas.

Las sociedades secretas trabajaban en la sombra contra la fuerza de los invasores extranjeros. Esperaban que pasara el tiempo, que los conquistadores se debilitaran, como sucedía siempre; que llegara el momento de recuperar nuevamente el suelo patrio. Y habían recuperado a la China después de estar subyugada durante siglos en manos de los mogoles.

Aquellas sociedades habían permanecido inactivas durante el reinado de la dinastía china de los Ming. Los emperadores de esta dinastía, debilitados por el poder y el éxito de su tiempo, fueron también destronados por un agresor extranjero, el Manchú del Norte. Las sociedades secretas se fortalecieron. Ya llegaría el día, y lo sabían a través de siglos de historia, en que se les necesitaría nuevamente para liberar a la patria.

¿Quiénes eran aquellos hombres de las secretas sociedades patrióticas? Eran personas sencillas. No eran eruditos, ni siquiera gente educada. Los eruditos se habían retirado de las sociedades, reacios a arriesgar la pérdida de los beneficios que recibían de los invasores manchúes. Pero los pobres y los ignorantes no recibían beneficio alguno. Según iban empeorando los tiempos, aquellos hombres corrían a ingresar en las sociedades secretas, esperando la oportunidad de derrocar la dinastía y dar comienzo a una nueva y más sana dinastía propia. Éste era el patrón de la antigua sociedad china que había persistido durante miles de años. Era como una especie de tosca democracia práctica. A ellas acudió Sun Yat-Sen en busca de ayuda.

Había también otro grupo menor, pero muy adicto, entre los

revolucionarios. Los eruditos chinos, los exponentes del arte y de la literatura, menospreciaban a los jóvenes graduados de las escuelas misioneras cristianas. Aquellos jóvenes, decían, no tenían ilustración ni cultura verdaderas. No comprendían los libros clásicos chinos ni sabían recitar la antigua poesía. Sólo tenían rudimentos de las lenguas y ciencias occidentales. Lo que aquellos dignos caballeros no comprendían, era que en las escuelas misioneras cristianas, los jóvenes de ambos sexos habían estudiado historia occidental aprendiendo en ella la amarga lucha por la libertad que se había desarrollado en la mayoría de los países de Occidente. Leyeron acerca de la guerra de la Independencia norteamericana, y siguieron el largo trayecto de la lucha del pueblo por la libertad en la Gran Bretaña. La carta Magna tenía ya un significado para aquellos jóvenes chinos, y el grito de Libertad, Igualdad, Fraternidad, de la Revolución Francesa conmovía sus corazones. Y, por encima de todo, en la religión cristiana aprendieron el valer del individuo y el derecho de todo ser humano a la libertad y a la igualdad ante Dios. La Cristiandad era y sigue siendo la fuerza revolucionaria más tremenda del mundo.

Al salir de las escuelas misioneras aquellos jóvenes de ambos sexos vieron que no había lugar para ellos en la vida de la nación. El Gobierno desconfiaba de ellos y el pueblo no les tenía simpatía. Sin embargo, componían un grupo de patriotas celosos de sus ideas, adiestrados en el trabajo por su pueblo. Los misioneros les habían enseñado que debían estar dispuestos a sacrificarse por los demás, pero no sabían cómo ni por dónde empezar. Era natural e inevitable que encontraran su caudillo en Sun Yat-Sen, un cristiano, también discípulo de una escuela misionera.

Antes de que Sun Yat-Sen pudiera organizar sus fuerzas, sin embargo, se produjo un violento estallido contra los occidentales. La usurpación, por parte de un país tras otro, había inflamado al pueblo, enfureciendo a la par a la anciana emperatriz. Ésta no sabía qué hacer. La China no tenía Ejército ni Armada modernos, de cuya falta ella era la culpable. Había derrochado el tesoro de la nación y temía que el pueblo enfurecido derrocase su Gobierno. En su desesperación, buscó el apoyo de un grupo de hombres fanáticos e ignorantes que se llamaban los «boxers». Éstos afirmaban ser seres

sobrehumanos y le dijeron que matarían a todos los extranjeros del país si ella les daba autorización para ello. Le aseguraron que estaban dotados de poderes mágicos y que las balas extranjeras no podrían penetrar en sus carnes. Incluso hicieron una prueba ante la emperatriz, valiéndose de artificios que protegían sus cuerpos contra las balas.

Aquélla era la salida fácil que ella buscaba. Hizo publicar un edicto contra los extranjeros de todas las naciones, ordenando que empezara la matanza de blancos, en todo el país, en determinada fecha. Y con ellos, por su orden soberana, tenían que perecer también los chinos cristianos.

En el verano de 1900, más de doscientos norteamericanos y europeos —entre hombres, mujeres y niños— fueron asesinados y, con ellos, muchos centenares de chinos conversos. En Pekín, las legaciones extranjeras sufrieron asedio, y las tropas aliadas de ocho naciones occidentales fueron enviadas en su socorro. Cuando la emperatriz viuda se enteró de que los ejércitos extranjeros marchaban sobre la capital, huyó con su Corte, atravesando las montañas, hacia la lejana ciudad de Sian, y se quejaba de que la precipitada huida no le había dado tiempo de peinarse, ni siquiera de tomar un huevo.

Pekín cayó fácilmente ante los ejércitos extranjeros, y los chinos sufrieron una derrota terrible. Los soldados saquearon las casas y palacios de la capital. Los gobiernos occidentales exigieron indemnizaciones tan crecidas en dinero, que parecía imposible que la China pudiese terminar de pagar su deuda. Jamás había caído la China a tan bajo nivel. El pueblo quedó aturdido ante el fracaso de los «boxers» y la huida de la Corte Imperial.

Sun Yat-Sen creyó llegado el momento de intervenir. Intentó desembarcar en Hong-Kong, pero los ingleses no se lo permitieron. Así que se fue a la isla de Formosa, entonces bajo dominio japonés. Contaba, muy seguro, con la ayuda del Japón, pues recordaba lo amistoso que con él se había mostrado el Gobierno liberal. Mientras tanto, su viejo amigo Cheng-Shih-Liang había organizado las sociedades secretas. Le dijo que tenía diez mil hombres esperando su llamada para levantarse contra el Gobierno. El Gobierno japonés de Formosa le prometió ayuda. Se pidieron al Japón armas y municiones. Incluso en el palacio del virrey, en Cantón, se organizó

una revuelta. El ataque iba a producirse dentro y fuera simultáneamente.

Pero ¡ay!, durante las mismas dos semanas en que se proyectaba el ataque, el Gobierno japonés cambió de opinión. Habíase sostenido una prolongada lucha entre los liberales y los conservadores de aquel país. Cuando los reaccionarios asumieron el poder en el Japón, cursaron inmediatamente órdenes al gobernador de Formosa para que no se le prestase ayuda alguna al revolucionario Sun Yat-Sen. Sun sólo tuvo tiempo para mandar aviso a Cheng-Shih-Liang, que desbandó sus fuerzas rápidamente, ordenándoles que volvieran a las sombras. La solitaria revuelta del palacio del virrey siguió su curso, puesto que allí no se enteraron del cambio de planes, y su caudillo fue decapitado. Era el segundo fracaso de Sun Yat-Sen.

VI

COMPÁS DE ESPERA

¿QUÉ significaba para Sun Yat-Sen aquel fracaso? Sencillamente, que tenía que volver a retirarse a las sombras y hacer sus preparativos con mayor seguridad. Volvió al Japón y allí vivió secretamente durante más de tres años. Algunas veces emprendía un viaje para alistar hombres y recaudar dinero, pero pasaba la mayor parte del tiempo solo, estudiando, escribiendo, organizando.

Hizo de Yokohama, el activo y moderno puerto japonés, su cuartel general. Adoptó el nombre de señor Nakagama, y vivía en una casa triste, situada en una oscura bocacalle del barrio chino de la ciudad. Su habitación estaba amueblada con sencillez: unas cuantas mesitas y sillas, y muchos libros. No eran libros de diversión, sino de historia, de economía política, de guerra, de táctica y armas, de explosivos y proyectiles. También tenía mapas en los que marcaba en rojo los lugares donde habían luchado sus rebeldes y donde habían fracasado, sólo, pensaba él, por no haber recibido las municiones que a Sun le habían sido prometidas.

—No nos sentimos deprimidos en ningún modo —dijo Sun—. Al contrario, estamos animados, porque ahora vemos lo fácilmente que las tropas imperiales pueden ser derrotadas tan pronto como nuestros hombres estén bien armados e instruidos para el gran esfuerzo.

Era imposible, pensaba Sun aún, llevar a cabo con el viejo Gobierno las reformas necesarias en China.

—Cualquiera que conozca la Corte china —dijo— y sepa quiénes rodean al emperador, sabe que éste se halla imposibilitado de hacer nada.

Sun consideraba a su pueblo superior al japonés, más inteligente, más ágil de imaginación, más fuerte físicamente, y sabía que la China podría hacer en quince años lo que el Japón había tardado treinta años en conseguir.

—Es un proyecto muy ambicioso —dijo un día que estaba hablando con un amigo norteamericano que había ido a verle. Encendió un cigarro y, lanzando al aire grandes bocanadas de humo, mientras paseaba por la habitación, declaró con firmeza—: Vale la pena dar la vida por él.

* * *

Y, sin embargo, es tan importante para un hombre el saber cuándo ha de actuar como cuándo debe estarse quieto. Sun Yat-Sen se dio cuenta de que aquél era un compás de espera. En aquellos momentos había en la China gran efervescencia. Después del terrible fracaso de los «boxers», la gente comenzó a ver claro que tenía que sobrevenir algún cambio, tanto en la forma de gobierno como en la vida misma del país.

La emperatriz viuda no se atrevía a regresar a Pekín con su Corte hasta que pudiese demostrar que ella misma veía la necesidad de aquel cambio. Hizo publicar tres edictos proclamando la necesidad de ciertas reformas, la primera de las cuales se refería a instrucción pública. El anticuado ensayo en ocho partes, basado en los clásicos, ya no sería requerido en adelante. En su lugar, había que establecer escuelas modernas, y con objeto de que no escaseasen los maestros era necesario enviar a los estudiantes a familiarizarse con los métodos occidentales. El limitado éxodo de estudiantes hacia el exterior aumentó en aquella época de tal modo, que llegaron a salir del país a centenares, mensualmente. El Japón, por ser el ejemplo más adecuado para la China, recibió la primera gran remesa: se trataba de una nación asiática que había llegado a modernizarse en una sola generación. Pero los estudiantes comenzaron a ir también a Norteamérica, a Inglaterra, a Francia y a Rusia.

Mientras tanto, Sun Yat-Sen esperaba. Los reformistas se hallaban divididos en dos grupos. Algunos de sus caudillos creían en la continuidad de la monarquía como influencia firme, y que las reformas habían de comenzar por el Gobierno mismo, aunque sin variación en la forma. Acaudillaba este grupo Liang Chi-Chao, uno de los dos maestros que había logrado huir del palacio del emperador, y que se había convertido en brillante, ingenioso y moderno escritor, Kang Yu-Wei, el otro compañero huido, estaba de acuerdo con él y viajaba por el mundo tratando, decía, de estudiar los países occidentales. Era el caudillo de la *Pao Huang Huei*, o *Sociedad para Salvar al Emperador*.

También por aquel entonces vivía en el Japón Liang Chi-Chao. Él y Sun Yat-Sen habían celebrado muchas entrevistas, sin que sus conversaciones resultaran en nada satisfactorias para ninguno de los dos. Liang era un producto de la mejor educación clásica china y poseía una imaginación sutil, profunda y viva a la par. Era el verdadero aristócrata, heredero de generaciones de una familia educada. Sun Yat-Sen era, por otro lado, producto de las escuelas misioneras, en las que había estudiado demasiado poco de la clásica tradición china. Era práctico y sincero, hombre de acción, y estaba convencido de que la única esperanza que le quedaba a su país era el cambio radical de su forma de gobierno.

Kang Yu-Wei, otro intelectual aristócrata, creía como Liang Chi-Chao que el pueblo de su patria no se hallaba preparado para la democracia.

—El pueblo chino —declaraba en el extranjero— es analfabeto, ignorante, y no tiene conocimiento de los asuntos nacionales. La democracia es un sistema de gobierno para gente instruida.

Pero Sun Yat-Sen tenía a su pueblo en mejor concepto. Creía que podría gobernarse a sí mismo una vez que se le enseñara la moderna técnica democrática. En realidad, ya se gobernaba muy bien en lo que respectaba a la familia y a la aldea. Sólo era preciso adiestrarlo en el gobierno provincial y nacional. Era, pues, inevitable que Sun

Yat-Sen
sintiera la necesidad de separarse de Liang
Chi-Chao
y de Kang
Yu-Wei
, así como del grupo que representaban.

—La China es como los Estados Unidos —dijo—. Nuestras provincias vienen a ser Estados, y sólo necesitamos un presidente que nos gobierne a todos por igual.

Al cabo de tres años, Sun Yat-Sen creyó llegado el momento de volver a actuar. En febrero de 1904 estalló la guerra entre el Japón y Rusia, y en el mes de marzo salió de Honolulu Sun Yat Sen con dirección al continente americano. Ya se había dado cuenta de quién era su gente. Era la gente sencilla, el chino medio, y estaba decidido a ponerse en sus manos.

Kang Yu-Wei, en sus viajes, cultivaba al chino de más alto nivel y trataba de influir en la opinión occidental de las altas esferas. Por el contrario, cuando Sun
Yat-Sen
llegaba a una ciudad norteamericana, visitaba inmediatamente a los dueños de restaurantes, a los lavanderos, a los pequeños industriales y, aprovechando aquella cantera, aportó nuevos miembros a la *Sociedad por la China Próspera*.

Sun tenía en sus manos dos llaves que le abrían muchas puertas. Eran las mismas llaves antiguas que había utilizado en su patria. Una de ellas era la Cristiandad, y la otra las sociedades secretas. Los chinos cristianos y las misiones de los barrios chinos eran siempre sus amigos, y debido a ellos no le faltaba nunca dónde comer y guarecerse. Las sociedades secretas, menospreciadas por los chinos ricos y educados en el extranjero, eran, a pesar de ello, muy fuertes en las ciudades norteamericanas, donde los chinos más pobres tenían que ayudarse mutuamente por vivir en un país extraño. Los norteamericanos conocían estas sociedades bajo el nombre de «tongs», y rara vez entendían lo que eran realmente. En realidad, eran las mismas sociedades patrióticas secretas que, a través de los siglos, se habían venido consagrando a la idea de la vuelta al Gobierno propiamente chino. Los chinos que estaban solos en Norteamérica tendían a buscar la compañía de sus hermanos

miembros, de cualquier sociedad que fuesen, y a veces surgían enemistades locales. Cada grupo tenía su propio lenguaje secreto por signos. Si un miembro entraba en una casa poniendo un pie en el umbral y apoyando el paraguas en él, era señal de que se trataba de un fugitivo de la policía y necesitaba ayuda. Si al beber vino sujetaba el tazón con el pulgar y dos dedos, era la señal que indicaba a los otros que era un hermano. Había un libro grande de información sobre signos secretos, mediante el cual un chino podía dar a conocer a otro que era miembro de determinada hermandad. La más importante de las hermandades era la Sociedad Patriótica China, llamada *I Hsing*, a la que pertenecían cuatro quintas partes de todos los chinos. Aquélla era la sociedad que Sun Yat-Sen había encontrado dispuesta a ayudarle. ¡Y qué gran ayuda le prestó!

—En todo el mundo, y especialmente en Norteamérica —dijo—, se ha divulgado la leyenda de que los chinos son egoístas y mercenarios. Jamás hubo una calumnia mayor contra un pueblo. Muchos me han dado toda su fortuna. Un lavandero de Filadelfia llegó a mi hotel después de una reunión, y, entregándome una bolsa de hilo, se fue sin decir una palabra. Contenía todos sus ahorros de veinte años.

Sun Yat-Sen iba calladamente de ciudad en ciudad, buscando a sus amigos entre la gente sencilla. En Nueva York se alojó en casa del pastor de la iglesia china, y reunía su auditorio en los lavaderos mecánicos y en las casas misionales. ¿Iba aquella gente humilde a beneficiarse bajo el gobierno de un rey o de un emperador? Él no podía creerlo. Tenían que confiar solamente en sí mismos. El suyo tenía que ser el gobierno con el que Lincoln soñaba al decir: «Un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo».

Aquel año, en Norteamérica, reavivó las esperanzas y dio forma a los sueños de Sun Yat-Sen. En la primavera de 1905 se trasladó a Europa para llevar a cabo su labor. Ni su llegada ni su marcha fueron advertidas.

Los periódicos habían comenzado a publicar pintorescas historias sobre la dramática llegada a los Estados Unidos del gran caudillo reformista chino Kang Yu-Wei, el maestro del joven emperador manchú de la China. Fue recibido

por el presidente Theodore Roosevelt en Washington y los chinos ricos de Filadelfia le dieron una recepción espléndida. Vestía una túnica de brocado de satén de color marrón e iba escoltado por dos filas de jóvenes cadetes chinos de brillantes uniformes azules, portadores de la bandera del dragón del Pekín imperial, junto a la norteamericana, mientras una banda ejecutaba música marcial. Así desfiló Kang
Yu-Wei
con gran pompa, acompañado por su consejero militar, un norteamericano llamado Homer Lea, que caminaba a su lado.

Aquel consejero militar era una extraña y pequeña figura, un jorobado retorcido, de ojos ardientes, un cuerpo desfigurado embutido en un uniforme fantástico. Pero detrás de aquellos ojos que llameaban se ocultaba un cerebro audaz e imaginativo.

VII

EL JOROBADO

HOMER LEA era un norteamericano diminuto animado por un sueño muy grande. Tenía una mente ágil y brillante, a la que había dado forma la desgracia física. Pertenecía al grupo de los grandes, pero era pequeño. Ansiaba verse fuerte; pero era débil y casi nunca se veía libre del dolor. Ansiaba ser poderoso y admirado, y temía no ser ninguna de las dos cosas.

Con todas sus apetencias, era inevitable que la mente activa y constantemente agitada de Homer Lea se concentrara muy pronto en el militarismo, en el poder de las armas y en la guerra. La lectura y el estudio le convirtieron en un experto en asuntos militares. Su ídolo era Napoleón, el héroe de muchos hombres de pequeña estatura. A causa de su apasionado interés por las guerras y por las armas, y por haber nacido en California, donde vivían muchos chinos, Homer Lea se interesó pronto por la revolución china, especialmente después del fracaso de la rebelión de los «boxers». Siendo aún muy joven había realizado un viaje a China, costeado por los chinos de San Francisco, en calidad de agente suyo. El viaje debía ser secreto, pero se sintió tan halagado con él, que no pudo callárselo. Un artículo publicado en un periódico de San Francisco, echó a rodar su misión y aunque, a pesar de todo, hizo el viaje, no resultó fructífero. De vuelta en San Francisco organizó los *Cadetes de la Reforma*, un grupo de chinos jóvenes que tenían la esperanza de irse a la China y organizar allí un ejército moderno. A Lea lo llamaban general. Ideó un uniforme chillón para los cadetes, y les

enseñaba instrucción y marcha todos los días. Cuando Kang Yu-Wei llegó a Norteamérica, se pegó material e inmediatamente al famoso personaje.

Homer Lea no era tonto, a pesar de sus rarezas. Poco tiempo le costó darse cuenta de que el aristocrático erudito no era el hombre que le convenía. Dejó, pues, a Kang Yu-Wei, regresó al lado de sus cadetes y se puso a considerar lo que debía hacer. Mientras tanto, escribió una novela truculenta sobre la China. Luego siguió leyendo sobre aquel país y sobre el Japón, meditando acerca de su próximo libro: no una novela, sino una obra emocionante de distinta clase. Se titularía *El valor de la ignorancia*, y estaba destinada a advertir a los norteamericanos que un buen día el Japón se levantaría en armas y lucharía contra ellos.

Mientras tanto, Sun Yat-Sen había regresado a su patria para llevar a cabo el tercer intento de revolución, y estableció su cuartel general en Cantón. Desde allí dirigió el complot para un levantamiento coordinado en todo el país, que iba a ser llevado a cabo por las sociedades secretas con la ayuda de los estudiantes. Estaban a su lado chinos amigos de Honolulu en quienes podía confiar, a los cuales había llamado. Era muy difícil, tratándose de una organización tan desarticulada, mantener en secreto cualquier movimiento El complot fue descubierto, sin saber cómo, por los espías gubernamentales, y Sun Yat-Sen y sus amigos hawaianos tuvieron que huir repentinamente en pequeños botes a remo tripulados por mujeres cantonesas. Ya en el río, sobornaron a las mujeres para que cambiasen de vestido con ellos, y, así disfrazados, lograron huir.

Aquello era ya suficiente para descorazonar a cualquiera, y, a decir verdad, Sun Yat-Sen tuvo sus momentos de desaliento. Se hallaba lejos de la familia, la veía muy rara vez, y sus hijos se desarrollaban casi sin que los conociese. ¿Qué fue lo que sostuvo su ánimo para no abandonar su empresa?

Sólo el ver diariamente la pobre condición de sus compatriotas, gente trabajadora, humilde, pobre. Veía por todas partes aquel pueblo industrioso y honrado, un pueblo que no tenía ni la

oportunidad de instruirse. Los hijos de aquel pueblo morían a montones por no tener siquiera médicos. Y aún viviendo, sólo existían para trabajar sin descanso por el pan y el albergue cotidiano. Los impuestos abusivos les robaban la mayor parte de sus jornales. Los tribunales eran injustos y no los protegían. De hecho, el Gobierno manchú seguía sin hacer nada por el pueblo, y Sun Yat-Sen sentía cada vez con más fuerza que sólo un Gobierno nuevo podría mejorar aquellas condiciones de vida.

Sun no cejaría jamás. Tres veces se habían ido por tierra sus planes, pero volvería a probar. Y la cuarta vez se fue a Manila a recaudar fondos. Allí conoció a un norteamericano, el juez Linebarger, que había de ser su amigo y sostén durante el resto de su vida. El juez Linebarger tenía interés en conocer a Sun Yat-Sen por una razón de curiosidad personal. Le servía un cocinero chino a quien apreciaba. Un día, aquel cocinero le pidió un mes de asueto, y le confió que le habían llamado para ayudar a Sun Yat-Sen. El juez le dio el permiso, pero el cocinero no regresó hasta pasados muchos meses. Cuando llegó no era más que huesos y se hallaba lleno de cicatrices, como si hubiese estado en una batalla. Pero se mostraba más entusiasta que nunca por la revolución, a pesar de fallar el esfuerzo, y hasta había sido apresado por la policía gubernamental, la que le había encarcelado, vapuleado y robado sus posesiones. El juez Linebarger se indignó primero, y luego su indignación se convirtió en interés, por lo que decidió conocer a Sun Yat-Sen personalmente.

Y desde el día en que conoció al caudillo chino en Manila, no dejó de ser su amigo.

Una vez que Sun hubo hablado con los chinos de Manila, regresó a su antigua base de operaciones en el Japón, y allí dio una conferencia sobre sus ideas, la cual había de convertirse más tarde en el famoso libro titulado *Los tres principios del pueblo*. Aquella conferencia tuvo tanto éxito y dio tanto que hablar, que llegó a oídos del Gobierno manchú de Pekín, el cual pidió insistentemente

al Japón que expulsara del país al rebelde. Aquello quería decir que Sun tenía que buscar una nueva base de operaciones.

Sun dejó su cuartel general y su periódico, *El Diario del Pueblo*, en manos de sus jóvenes seguidores. Llevando consigo dos de sus más valiosos colaboradores, se dirigió a Anam, en Indochina, y estableció una nueva base en Hanoi. Entonces abandonó la esperanza de recibir apoyo del Japón. En su lugar buscó la ayuda de Francia, la cual, estaba convencido, entendería claramente la necesidad de una revolución porque, como los norteamericanos, los franceses habían pasado por ella. Su esperanza era aún mayor porque, estando en Shanghai, camino de Anam, a bordo del barco que se mecía en el puerto de Woosung, un general francés había ido a verle ofreciéndole la ayuda de Francia. Aceptó esta oferta con agrado, y ocho oficiales del ejército francés retirados fueron situados en diferentes puntos de la China del Sur. Debían trabajar en secreto con los revolucionarios chinos y sobornar o influir en los oficiales de los ejércitos provinciales para que desertaran y se unieran a Sun
Yat-Sen
.

Aquellos esfuerzos tuvieron tanto éxito que, muy pronto, ¡ay!, demasiado pronto, los revolucionarios celebraron una gran asamblea en Wuchang, ciudad situada hacia la mitad del río Yangtsé. Entre el auditorio, disfrazado, se hallaba un general del ejército imperial, a quien habían informado de la asamblea. Naturalmente, éste informó al virrey de la provincia de todo cuanto había oído, y el virrey hizo arrestar y guillotinar a los caudillos chinos. El Gobierno envió un espía extranjero para que se hiciera amigo del viejo militar francés que hacía de asesor, el cual, confiando en él, le reveló los planes de la revolución. El Gobierno manchú, basado en aquella información, mandó una protesta al de París, a la que no recibió contestación alguna.

Mientras tanto, Sun Yat-Sen, siempre intrépido, se hallaba en Anam organizando grupos y comprando nuevamente municiones al Japón. Le asesoraban oficiales franceses, y esta vez elaboró sus planes muy cuidadosamente, tardando un año en perfeccionarlos. El grupo del Japón iba a enviar armas y municiones. Su amigo Huang Hsing era el vicepresidente del movimiento. Había hecho un curso

militar en el Japón y se fue a ayudar a organizar el ejército. Los soldados revolucionarios se sintieron estimulados e inspirados, llegando a tan alto grado su moral, que se hacían llamar Dareto-Dies[1].

Sun Yat-Sen esperaba su oportunidad en la cuarta prueba. Justamente al otro lado de la frontera de la posesión francesa, en la China, estalló una rebelión contra los impuestos, muy elevados, y el Gobierno manchú envió dos generales y varios miles de soldados a sofocarla. Sun Yat-Sen mandó algunos de sus hombres para hablar con los generales y los soldados con el propósito de convencerlos de que prestasen su apoyo a la revolución. También envió emisarios para convencer a los labradores y gentes del campo, y pedirles que ayudasen cuando llegara el momento del ataque.

Sun tenía grandes esperanzas. Creía que sus tropas podrían marchar con bastante rapidez, recogiendo por el camino soldados y gente descontenta, y de aquel modo, en poco tiempo, la mitad del país estaría en rebelión abierta contra los manchúes. Pero parecía condenado al fracaso por sus propios hombres. Las armas y municiones japonesas no llegaron a tiempo al lugar señalado y, por lo tanto, los soldados y generales prudentemente mandados por los manchúes, no se rebelaron. Los hombres de Sun Yat-Sen, abandonados, tuvieron que retirarse. Sun, desesperado, organizó una segunda invasión, que él mismo dirigió, pero las tropas imperiales le derrotaron y tuvo que volver a retirarse. Esta vez, el Gobierno manchú insistió ante el Gobierno francés para que expulsara a Sun Yat-Sen. Y nuevamente tuvo el caudillo que cambiar de base, dejando subordinados para defender lo que fuese posible. Y Sun se trasladó entonces a Singapur.

Mientras tanto, Huang hizo una nueva incursión a través de la frontera, y con sólo unos doscientos soldados pudo mantener su posición en aquella accidentada región durante dos meses. Cuando terminó sus municiones, regresó a Yunnán.

Realizóse otra tentativa dirigida por un simpatizante con escasa

instrucción militar, y Sun
Yat-Sen
envió a Huang Hsing y sus hombres a ayudarle. Aquella tentativa fracasó, pues los franceses no permitieron que Huang Hsing atravesara la frontera. Éste regresó a Anam, habiendo recogido a su paso más de quinientos hombres descontentos, que se agregaron a su ejército. Esto dio por resultado que los franceses deportaran todos los revolucionarios a Singapur, y desterraran a los dirigentes. Los ingleses, al principio, no los admitían en Singapur; pero, al fin, les permitieron desembarcar. Y se desparramaron por todo el país, sembrando la semilla del descontento.

Cuatro rápidas derrotas más tenían que ser añadidas a la lista de fracasos de Sun Yat-Sen. Un hombre de menos temple hubiera abandonado su proyecto, regresando a la vida pacífica en el seno de los suyos. Pero a aquel hombre, sin embargo, cada derrota parecía inyectarle nuevo tesón. El Gobierno francés de Anam expulsó resueltamente no sólo a Sun
Yat-Sen
, sino a seiscientos revolucionarios más. Todos fueron hacinados en un barco y enviados a Singapur, donde los ingleses, dueños de la ciudad, no estaban dispuestos a recibirlos. Pero puesto que no tenían adonde dirigirse, los dejaron, al fin, desembarcar, y se mezclaron entre el pueblo, hombres descontentos y sin empleo, para fomentar otros grupos de descontentos y reclutar nuevos miembros para su partido. Desde allí fueron organizados dos ataques en un esfuerzo por capturar la rica y gran ciudad de Cantón. Ambas tentativas se malograron, y, en la última prueba, Sun
Yat-Sen
perdió setenta y dos de sus mejores y más jóvenes colaboradores.

¡Diez fracasos, y el último de ellos tan costoso! Tenía que regresar nuevamente a Norteamérica y recaudar dinero para la próxima tentativa; pero necesitaba algo más que dinero. Necesitaba consejo. ¿Dónde podía conseguirlo?

Una noche, después de una asamblea revolucionaria en el barrio chino de una gran ciudad norteamericana, se le acercó un jorobado de cara alargada y pálida.

—Tengo interés en unirme a usted —le dijo—. Quisiera ayudarle. Creo que su propaganda tendrá éxito.

—Gracias —le dijo Sun Yat-Sen.

No le impresionó aquella diminuta y trágica figura; pero más tarde le preguntó a un amigo quién era el pequeño porobado.

—Es el general Homer Lea —replicó el hombre—. Quizás el genio militar más brillante de nuestros tiempos. Es un maestro en la guerra moderna y autor de un gran libro.

—¡Me ha ofrecido unirse a mí! —exclamó Sun Yat-Sen.

Al día siguiente, temprano, Sun fue a ver a Homer Lea. Y cuanto más hablaba con aquel hombrecito extraño, más le impresionaba.

—Cuando yo sea presidente de China —le dijo—, le haré a usted mi primer consejero militar.

—No espere a ser presidente de China —replicó Homer Lea—. Quizá me necesite usted antes.

Para Sun Yat-Sen aquel encuentro representó una nueva inspiración. ¡Bien la necesitaba! Vivía en una habitación humildísima y desnuda, en un hotel barato. Tenía poca ropa, unos cuantos libros y nada más. Tenía el precio de quinientos mil dólares puesto a su cabeza, pero carecía de guardaespaldas que lo protegiesen en sus idas y venidas. Sin embargo, no estaba descorazonado. Un día en que un amigo norteamericano le dijo que no debería andar solo, pues podían matarlo, él replicó tranquilamente:

—Si me hubiesen matado hace unos años, hubiera sido una lástima para la causa. Entonces yo era indispensable. Ahora mi vida no tiene importancia. Nuestra organización está completa. Hay muchos chinos que pueden ocupar mi puesto. Ya no importa que me maten.

VIII

EL ESTALLIDO

DIEZ fracasos había tenido en total Sun Yat-Sen, y seguramente debió de pasar muchas noches solitarias meditando sobre ellos y preguntándose si llegaría a triunfar algún día. Lo que no sabía era que aquellos fracasos, sufridos en diferentes partes de su patria por jóvenes chinos procedentes de todos los países, no eran tales fracasos. Por el contrario, habían llegado al corazón de muchos chinos, encendiendo en ellos la llama de la esperanza de tener algún día un gobierno propio. Así volverían a rescatar la patria amada de manos de los gobernantes manchúes; podrían hacer caminos, escuelas y ferrocarriles; podrían construir buques y fábricas y dar trabajo al obrero para que sus hijos tuvieran oportunidad de disfrutar de una vida mejor. Ahora ya sabían que el mundo que los rodeaba cambiaba y que ellos tenían que cambiar con él. La vieja China durmiente, el gigante de cuatro mil años, tenía que despertarse y tornarse un país nuevo, dispuesto a ocupar su lugar en un mundo también nuevo.

Incluso la vieja emperatriz viuda, en Pekín, lo sabía y, de buen grado, permitía a sus ministros llevar a cabo reformas. Ella, sin embargo, no cambiaba, y entre los tres hombres que afirmaba que no perdonaría nunca, se hallaba Sun Yat-Sen. Los otros dos eran Liang Chi-Chao y Kang

Yu-Wei
, los dos preceptores del joven emperador, los cuales se le habían escapado. Tampoco perdonó jamás al joven emperador. Éste seguía siendo prisionero en palacio. Y cuando en 1908 la vieja emperatriz se dio cuenta de que estaba a punto de morir de enfermedad y de vejez, mantuvo encendida la llama de la vida por pura voluntad, hasta que sus sirvientes envenenaron al joven emperador. Entonces murió. El heredero del trono era el príncipe niño, y su madre, amable y joven, se convirtió en emperatriz. Fue nombrado un regente, pero nadie tomó en serio el nuevo régimen, porque la gente presentía que estaba a punto de ocurrir el gran cambio. La dinastía agonizaba.

Todo esto sucedía mientras Sun Yat-Sen viajaba por América, tratando de recaudar fondos entre los chinos allí residentes y sosteniendo entrevistas con Homer Lea respecto a la creación de un ejército. Homer Lea le advirtió que no debería tratar de luchar con hombres sin instrucción. Así no podría triunfar, y sus hombres serían crucificados. Sun tenía que crear, en opinión de Homer Lea, una academia militar en serio, para instruir a los soldados de su ejército revolucionario. Pero aquello parecía imposible. ¿Dónde iba a conseguir Sun
Yat-Sen
los fondos suficientes para crear una academia militar con objeto de proporcionar instrucción a sus soldados? Sin embargo, escuchó al diminuto norteamericano, aprendiendo cuanto podía de la ciencia militar y recordándolo para lo futuro.

Un día del otoño de 1911, mientras viajaba por uno de los Estados del oeste norteamericano, Sun recibió un telegrama de Hankow. No podía leerlo porque estaba en clave y la clave estaba en el baúl que ya había enviado anticipadamente a Denver (Colorado), donde esperaba quedarse unos días. Cuando llegó allí leyó el telegrama, que decía: «Nosotros, los revolucionarios de Wuchang, estamos listos para atacar. Envíe dinero».

¿Dinero? ¡No lo tenía! Se notaba cansado y decidió esperar a la mañana siguiente para pensar en el asunto. Llegó la mañana y se levantó temprano, como de costumbre. Dejó su mísera habitación para buscar un restaurante donde desayunarse lo más económicamente posible. En el camino compró un periódico, y

mientras iba andando lo desdobló y miró los titulares. Al verlos se quedó atontado. Uno de aquellos titulares decía:

Wuchang, ocupado por los revolucionarios

Aquellas palabras le hirieron los ojos como un relámpago. Los bravos jóvenes, llenos de ardor, no habían querido esperar el dinero ni siquiera su consejo. Se habían unido y atacado al virrey de la provincia de Kiangsi en su propio palacio. Aquella tremenda noticia, comprimida en tan cortas líneas, parecía ser una realidad. ¿Debería Sun regresar? Pero carecía de dinero que llevarles. Decidió irse a Nueva York, donde vivía un mayor número de chinos, para pedirles ayuda. Adquirió un billete para un tren diurno con dirección este, y al detenerse en la estación de San Luis se apeó corriendo para comprar otro periódico. En él encontró noticias más emocionantes aún. Los revolucionarios, según decía el periódico, estaban estableciendo una forma de gobierno republicano, inspirada en el patrón norteamericano, y Sun
Yat-Sen
tenía que ser su primer presidente.

Volvió a ocupar su polvorienta butaca de terciopelo rojo en el abarrotado coche y leyó y releyó el periódico. Nadie le conocía. Era un extraño entre extraños, pero sus jóvenes conciudadanos le llamaban su presidente. Iban a derrocar un gobierno extranjero y a proclamar otro como el norteamericano, un gobierno del pueblo. Aunque nadie en el coche podía soñar semejante cosa, era el presidente de un país muchísimo más antiguo y más extenso que los mismos Estados Unidos.

Su corazón estaba henchido de gozo y rebosaba de orgullo. Naturalmente, se sentía humilde y orgulloso a la par; humilde porque era un hombre de humildad natural, y orgulloso porque, después de todos sus fracasos, y completamente sin su ayuda, unos jóvenes fuertes habían realizado su sueño de toda la vida. Pero Sun era demasiado práctico para creer que aquel sueño quedara ya convertido en realidad absoluta. Sólo se había dado el primer paso, en una ciudad de una sola provincia de la China gigante. Era una parte minúscula dentro de un poderoso Imperio. Era sólo el principio.

¿Cómo podía ayudar a aquellos bravos jóvenes? No sólo necesitaban dinero, sino también amigos. Y más que nada, necesitaban que otros gobiernos los reconocieran. ¿Qué nación podía mostrarse amistosa con un gobierno así, un gobierno en pañales entre otros ya antiguos y establecidos? El pueblo norteamericano era amigo. De ello no tenía duda. Había sufrido la misma experiencia. También él se había rebelado contra un dominante gobierno extranjero e, igual que ellos, también los norteamericanos habían establecido un gobierno nuevo y débil, que se hizo fuerte y poderoso porque poderoso y fuerte lo había hecho el pueblo. Eso era todo lo que él deseaba para su propio país, un gobierno que, creado por el pueblo, trabajase por su propio bien como jamás lo había hecho el antiguo y egoísta gobierno manchú. El dinero del pueblo, los impuestos, habían servido para enriquecer a los gobernantes, y no para ayudar a los que los pagaban.

Los norteamericanos, reflexionaba Sun Yat-Sen, estarían a su lado. Igualmente creía que el pueblo francés se mostraría amistoso, puesto que también él había derrocado a sus egoístas gobernantes al grito de guerra de su revolución: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Pero Rusia y Alemania eran amigos del gobierno manchú y no podía contar con su ayuda. En el Japón, el pueblo estaría con él, pero el gobierno, no. Luego recordó una alianza reciente entre el gobierno inglés y el japonés. Inglaterra era mucho más poderosa que el Japón.

Y pensó que si podía ganarse el beneplácito del gobierno inglés, quizás Inglaterra hiciera valer su influencia con el Japón. Por lo tanto, tenía que ir a Inglaterra.

Sus amigos chinos de Nueva York le ayudaron a embarcar secretamente en un buque que se dirigía a la Gran Bretaña. Cuando llegó a Londres, confiaba permanecer de incógnito hasta llegar a hablar con algunos elementos de importancia en el seno del gobierno británico. Sus viejos amigos, los Cantlie, esperaban verle aparecer por su casa de un día a otro. A pesar de todos sus infortunios, una suerte extraña acompañaba a Sun Yat-Sen. Retrasó unas horas su visita a los Cantlie y, mientras tanto, la Embajada china recibió un cablegrama para él. Nadie sabía dónde se encontraba y mandaron el cablegrama por mensajero a casa de

los Cantlie. La señora Cantlie sólo pudo decir al mensajero, con toda la verdad, que Sun Yat-Sen no se encontraba allí; pero haría apenas un par de horas que se había ido el mensajero cuando sonó el timbre de la puerta y al abrirla aparecía en ella Sun Yat-Sen. La señora Cantlie, que había hecho una copia del telegrama cifrado, dio la bienvenida a Sun Yat-Sen y se lo entregó. Era un mensaje del juvenil partido revolucionario chino invitándole a regresar a su país para asumir el cargo de presidente de la naciente República de China. Sun veía claramente que le deseaban. Se presentaba la oportunidad de servir a la patria.

Pero no podía regresar inmediatamente. Tenía que asegurarse de que el Gobierno británico iba a mostrarse amistoso con su nuevo Gobierno.

Un grupo de banqueros de las naciones occidentales, llamado el Consorcio, había estado durante años haciendo empréstitos al Gobierno manchú para ayudar a construir ferrocarriles en la China. Pocos ferrocarriles se habían construido, pero los banqueros estaban a punto de hacer un nuevo empréstito. Sun Yat-Sen se presentó al Consorcio y, con toda audacia, solicitó que el préstamo inminente fuera hecho al nuevo gobierno de la República de China, en vez de al viejo. El Consorcio contestó que les harían el empréstito cuando otros gobiernos reconocieran al nuevo.

Luego Sun Yat-Sen pidió más aún. Solicitó que le permitieran entrar libremente en los puertos coloniales británicos de Singapur y Hong-Kong. Este permiso le fue concedido y, con gran alegría, se preparó para regresar precipitadamente a su patria. Al fin el éxito inicial obtenido era suficiente para empezar a trabajar, y quería aprovecharse de él rápidamente.

De nuevo volvió a sacar ventaja de una coincidencia. Homer Lea, que había estado muy enfermo, se hallaba en Europa convaleciendo y comenzaba a sentirse mejor. Lea comunicó a Sun Yat-Sen

su deseo de irse a la China con él en calidad de consejero militar, para ayudarle a organizar un buen ejército. Sun Yat-Sen aceptó y después de una entrevista amistosa con Clemenceau en París, embarcó en Marsella. En el barco se encontró con Homer Lea, pletórico de entusiasmo y con la imaginación llena de ideas. El diminuto jorobado había nacido entusiasta de la publicidad y estaba decidido a mantener ante el mundo el nombre de Sun Yat-Sen. Claro está que también él aparecería en aquella publicidad, pegado a Sun Yat-Sen.

Cruzaron, pues, juntos, el mar. En Singapur esperaba a Sun un gentío enorme, y un chino rico le invitó a su casa para pasar la noche en ella. Pero Sun no quiso retrasar su viaje. Soñaba con la patria. Había sido perseguido durante dieciséis años, pasando las fronteras sigilosa, secretamente, y ahora regresaba presidente electo de un régimen nuevo. Sabía perfectamente que le quedaba mucho quehacer. Tenía ante sí la prolongada tarea de establecer la República. No podía descansar, pero tampoco tenía miedo a la lucha. Toda su vida había sido una lucha incesante.

En un fresco día de invierno, de 21 de diciembre, llegó a Hong-Kong, donde lo recibió uno de sus mejores colaboradores, Hu Han-Min. Prosiguieron sin pérdida de tiempo el camino de Shanghai, adonde llegaron el día de Navidad. Los revolucionarios tenían creada una Asamblea Nacional, que se había reunido ya con anterioridad a su llegada y el día 29 de diciembre la Asamblea eligió presidente a Sun Yat-Sen. El día de Año Nuevo, en Nankín, prestó juramento.

IX

UNA NACION UNIDA

NANKÍN era una antigua ciudad amurallada, donde una vez habían vivido y gobernado los emperadores de la dinastía Ming, la última dinastía china. Por fuera de la curvada muralla, los caminos empedrados cruzaban las aldeas y los campos hasta el pie de la Montaña Morada, donde se hallaban enterrados los emperadores de aquella dinastía. Pero dentro de la ciudad, Sun Yat-Sen anunció con orgullo el nuevo gobierno que, en adelante, funcionaría bajo la dirección de presidentes elegidos por el pueblo, y no bajo el mando de un emperador.

Sun Yat-Sen hizo cambiar el calendario. La China siempre había medido el tiempo por la Luna. Sun Yat-Sen decidió que, en adelante, debería regir su horario por el sol, como lo hacían los pueblos de Occidente. Esto cambiaría todos los días de fiesta tradicionales entre los chinos por espacio de siglos; pero aquello le tenía sin cuidado a Sun. Quizá no le importara lo suficiente. Posiblemente se debía su indiferencia a que había estado alejado de la vida de su propio pueblo demasiado tiempo para importarle conservar aquella tradición.

De cualquier modo, al día que tanto triunfo alumbró con su luz, habían de seguirle muchas inquietudes. En la mitad sur del país, los manchúes se defendían y luchaban. Fueron muchos los asesinados por los chinos, enfurecidos por tan largos años de opresión. Las

delicadas damas, educadas como princesas en los sectores manchúes de las grandes ciudades, tenían que buscar refugio en montañas y valles para salvar la vida. Se ocultaban en las hendiduras del terreno, tras las tumbas que cubrían las faldas de las colinas, mientras el pueblo enardecido buscaba la venganza y las perseguía y asesinaba sin descanso. Contra semejante furia, Sun Yat-Sen se hallaba impotente. Al pueblo le llegaba su turno. No podía contenerlo. Se unieron al nuevo gobierno quince de las dieciocho provincias, pero las tres del norte hicieron frente a Sun Yat-Sen. Yuan Shi-Kai seguía siendo Primer Ministro del gobierno manchú.

Sun Yat-Sen no podía sentirse feliz hasta que todo el país se hallara unido bajo una sola República. Había estudiado a conciencia la Revolución Francesa. Los franceses, igual que los chinos, se habían rebelado contra sus egoístas gobernantes. Hombres y mujeres habían trabajado juntos para derrocar a un rey tan corrompido como su Corte, soñando con un buen gobierno que ayudara honradamente al pueblo. Y, sin embargo, el pueblo en sí no pudo crear el ansiado gobierno una vez que su rey hubo sido depuesto. Eran hombres y mujeres que se habían pasado la vida trabajando en los campos y en sus pequeños establecimientos y no entendían de dirigir un país entero. Los hombres malos se introdujeron en el poder y el resultado de la Revolución Francesa representó, durante largo tiempo, más confusión aún, más infortunio que el que hasta entonces habían padecido.

Sun Yat-Sen no quería que en su patria sucediera lo mismo. Se daba cuenta de que el pueblo no sabía cómo crear un Gobierno, y proyectó tres etapas, cada una de las cuales había de durar varios años, para que el pueblo aprendiera a crear una verdadera república.

Primero formaría un gobierno militar, hasta que toda la China estuviera bajo su mando, aunque tuviese que luchar contra Yuan Shi-Kai para adueñarse de las tres provincias norteñas. Luego permitiría que la gente se fuese gobernando por sí sola en las aldeas y en los

pueblos, y cuando supieran lo que era aquello, les permitiría gobernar sus provincias. Cuando la mayoría de las provincias tuviesen ya su propio gobierno, proclamaría una constitución semejante a la norteamericana, eligiendo un gobierno central para toda la nación. De aquel modo, pensaba Sun Yat-Sen, los chinos podían evitar los errores cometidos por el pueblo francés.

Pero la China no era Francia, ni tampoco los Estados Unidos. Era mucho más antigua y extensa que aquellos dos países, con una población mucho mayor y un modo de vivir más profundamente arraigado. No era tan fácil cambiar la forma de gobierno de una nación tan extensa y antigua, como lo era el cambiar el de trece nuevas y pequeñas colonias o incluso la pequeña y antigua nación europea.

Las perturbaciones volvieron a agolparse en torno a Sun Yat-Sen como los cuervos en un trigal. Como primer infortunio, Homer Lea falleció antes de que pudiera ayudarle a crear un ejército. Por otra parte, Yuan Shi-Kai, el Primer Ministro del emperador manchú, continuaba aún en Pekín, dueño del norte del país, y no aceptaba la República del Sur bajo el mandato de Sun Yat-Sen. Éste, al decir del gobierno imperial, era cantonés y los norteños no simpatizaban con el pueblo de Cantón. Además, Sun Yat-Sen era un rebelde, un revolucionario, y no tenía experiencia para ser presidente ni sabía formar un gobierno. Algo había de verdad en ello, pero los revolucionarios no estaban dispuestos a ceder. Habían soñado con hacer de la China una gran república y librarse de los manchúes para siempre, y no cejarían en su propósito.

Ninguna de las dos partes estaba dispuesta a ceder, y la guerra civil parecía a punto de estallar. Si esto sucedía, ¿podría ganar Sun Yat-Sen? El gobierno manchú tenía un nutrido ejército, y Sun no. Ellos tenían el poder de la experiencia; Sun, no. Aun siendo pobre el gobierno, sus recursos eran mucho mayores que los de Sun. Los

amigos prudentes aconsejaron a Sun que buscara un acuerdo con objeto de evitar la guerra. ¿Por qué no sugerir que si el joven emperador, bajo la regencia, abdicaba, él, Sun Yat-Sen, renunciaría a su cargo de presidente? Ambas partes saldrían ganando y perdiendo a la par. No volvería a haber emperadores, podría salvarse la república y sería elegido un nuevo presidente, un presidente aceptable por ambas partes.

Sun Yat-Sen era orgulloso. No exigiría cargos para él. Haría, manifestó, lo que fuera más ventajoso para el pueblo.

Cuando Yuan-Shi-Kai, el Primer Ministro, supo aquello, le dijo a la emperatriz que había llegado la hora de abdicar en compañía del infantil emperador. Si aceptaba, le prometía que tanto ella como los demás miembros de la familia imperial serían bien tratados durante el resto de sus vidas. Luego envió un telegrama a Sun Yat-Sen, que se hallaba a la sazón en Nankín, diciendo: «Una república es la mejor forma de gobierno. De ahora en adelante no toleraremos un gobierno monárquico en nuestro país».

Ya no le quedaba a Sun Yat-Sen otro recurso que dimitir. Había sido presidente sólo unas semanas, pero dimitiendo podía salvar al país de una guerra civil. Quizá fuera aquélla, después de todo, la mejor forma de servir a su pueblo. Con el corazón traspasado y una voluntad inquebrantable, presentó su dimisión. El día 13 de febrero escribió al Consejo de Nankín, que él mismo había creado, diciendo: «Hoy os presento mi dimisión y os requiero para que elijáis un hombre bueno y listo para presidente».

¿Qué hombre? Sólo había uno que el Norte aprobaría. Y éste era Yuan Shi-Kai. Después de todo, se decía, había acabado con el trono manchú y merecía un premio. Además, tenía una larga experiencia de gobierno y nunca había sido rebelde ni revolucionario.

Y así las tres provincias norteñas aceptaron la unión con la República bajo la presidencia de Yuan. ¡Al fin, la nación estaba unida! La vieja bandera imperial, con su dragón amarillo, fue retirada y se creó una nueva, la bandera de la República china. La formaban cinco amplias franjas, cada una de las cuales representaba un gran sector del pueblo chino, La franja roja, en la parte superior, representaba al pueblo que había vivido bajo el viejo imperio. La

amarilla, situada inmediatamente debajo, al pueblo de Manchuria. La azul que la seguía, al mogol; la blanca, a los tibetanos, y la negra, a los mahometanos. Así, los cinco grupos que habían vivido durante siglos bajo el gobierno del Imperio chino eran ahora uno solo bajo la República.

Incluso Sun Yat-Sen comenzó a tener esperanza en el resultado de su sacrificio. Era un hombre desinteresado y honesto, y le gustaba creer en la bondad de todos los hombres. Tenía que alimentar aquella esperanza, y la tenía aquel día del gran festejo en Nankín, el día después de haber sido elegido presidente Yuan Shi-Kai. La ceremonia fue magnífica. Una gran procesión encabezada por Sun Yat-Sen desfiló por entre las figuras de animales de granito que formaban una amplia avenida hasta las tumbas de los Ming. Por aquella avenida caminaba Sun Yat-Sen con su gabinete, sus oficiales y sus soldados. Luego, ante la tumba del primer emperador de la dinastía, que había sido también un revolucionario, en su época, se colocó Sun Yat-Sen. Cien años antes de que Colón se pusiera en camino buscando la ruta de las Indias y, en vez de esto, desembarcara en el vasto continente que iba a llamarse América, el viejo emperador Ming había sido enterrado en la ladera de la Montaña Morada. Siguiendo una antigua costumbre china, Sun Yat-Sen dedicó a su espíritu un largo y elocuente discurso describiendo la revolución y anunciando la República. Al final del discurso gritó al emperador muerto:

—¡Majestad! Vuestro pueblo ha venido aquí a informaros de la victoria final. Que este elevado santuario en que reposáis adquiera hoy lustre renovado por el acontecimiento del día, y que vuestro ejemplo inspire a vuestros descendientes en los tiempos venideros. ¡Espíritu, acepta esta ofrenda!

Por fin, pensaba Sun Yat-Sen, quedaba realmente libre para trabajar en favor de su pueblo. Deseaba que el nuevo presidente

conservase la capital de la república en Nankín, la antigua casa de la dinastía de los Ming, que eran chinos. Pero el presidente Yuan decidió quedarse en Pekín, la vieja capital manchú, donde contaba con el apoyo de sus tropas.

Mas Sun Yat-Sen mantenía esperanzas aún.

—Tenemos por delante una gran cantidad de trabajo —declaró con toda su antigua energía y con renovada esperanza—; y debemos hacerlo con objeto de que la China ocupe su lugar, como una gran potencia, entre la familia de las naciones.

Tenía el proyecto de regresar a su vieja ciudad de Cantón y empezar allí su labor transformándola en una ciudad moderna. Pero no le dejaron llevar a cabo este proyecto. Todo el pueblo chino deseaba verle y oírle. Y lo que vieron fue un hombre vestido a la europea, con sus cabellos negros cortados al estilo norteamericano. Llevaba la cabeza alta y los miraba con sus oscuros ojos, serenos, de honrado mirar, en un rostro tranquilo adornado por un pequeño bigote. Y lo que oyeron fue una voz sincera que decía elocuentes y apremiantes palabras de fe en la bondad del pueblo chino y de esperanza en lo futuro. ¡Claro que tenía que ser popular! La gente le rodeaba tumultuosamente por dondequiera que iba. Dirigía la palabra a los estudiantes en las escuelas, a los cristianos en los templos, y en los auditorios ante todos cuantos acudían a oírle. Hablaba con tranquilidad, con una voz clara, sin aspavientos ni espectacularidad; pero ponía tal fuerza en lo que decía, que la gente le escuchaba algunas veces durante tres o cuatro horas sin interrupción. Y todo lo que decía era buscando el bienestar del pueblo. Les decía lo que deberían hacer para que la China fuese un país fuerte y próspero. Hablaba de la subsistencia del pueblo, del patriotismo, del buen gobierno dedicado al bien común. Su propósito era enseñar al pueblo cómo convertir a su patria en nación fuerte y moderna.

En Pekín, el presidente Yuan Shi-Kai se dio cuenta de que también él debería honrar al hombre a quien todos honraban e invitó a Sun Yat-Sen a que le visitara. Corría el verano, la época en que Pekín luce todas sus galas. El cielo estaba siempre despejado y el sol brillaba sobre la teja azul del Templo del Cielo y sobre los amarillos tejados de los

vetustos palacios. Sun
Yat-Sen
decidió aceptar la invitación del presidente Yuan, aunque algunos de sus mejores amigos creían que sería preferible que desistiese. Corrían extraños rumores acerca del presidente Yuan. Se decía que lo que deseaba era ser coronado emperador. Dos héroes revolucionarios que habían ido de visita a Pekín fueron muertos sin formación de juicio. Aquello, convenían los amigos de Sun
Yat-Sen
, no debía suceder en una república. ¿Abrigaba Yuan
Shi-Kai
, en realidad, algún secreto proyecto en cuanto a Sun?

Sun Yat-Sen, sin embargo, no tenía miedo a nada, como siempre, y, por lo tanto, se fue a Pekín. Corría a la sazón el mes de agosto, y las montañas que rodeaban la muralla de la ciudad se veían tan azules como los tejados de los templos. El presidente Yuan recibió a Sun con grandes honores. Y fue alojado con magnificencia. La ex emperatriz le envió sus saludos, y los príncipes manchúes, que ya no gobernaban, ofrecieron en su honor grandes festejos.

Sun habló en uno de los grandes templos, que estaba abarrotado de público. Y lo que era mejor aún, el presidente Yuan, siempre vestido a usanza del país, pasó gran parte del tiempo que duró la visita de Sun en compañía de éste, prestando oído a sus ideas. Sun le comunicó que, ante todo, era necesario construir ferrocarriles. Ansiaba ver a su patria atravesada por una buena red de ferrocarriles para el desarrollo del comercio y para que se difundiera la idea de los viajes. El presidente Yuan pareció estar de acuerdo con todas sus ideas y pidió a Sun
Yat-Sen
que se encargara del asunto, autorizándole para hacer proyectos destinados a obtener préstamos de países extranjeros y con ellos construir ferrocarriles.

Sun Yat-Sen permaneció más de un mes en Pekín en la creencia de que el presidente Yuan era un hombre fuerte y noble, y que deseaba hacerlo todo por el bien de su pueblo. Al cabo de este tiempo se despidió y se fue alegremente a trabajar en la realización de su sueño: la red de ferrocarriles que iba a unir aquel enorme país de dieciocho extensas provincias. Decidió, primero, ir al Japón a

estudiar su sistema de ferrocarriles y a concertar empréstitos con el gobierno de aquel país.

El dinero siempre había sido el principal problema de Sun, y este problema era, en aquellos momentos, más agudo que nunca. El nuevo gobierno carecía de fondos para dar comienzo a las mejoras y tenía que obtener nuevos empréstitos de otros países. Pero ninguna nación estaba dispuesta a concedérselos sin la seguridad de que se los amortizasen, y por ese motivo exigían garantías. Las naciones occidentales que formaban parte del *Consorcio* estaban dispuestas a hacer los empréstitos al nuevo gobierno chino, pero bajo condiciones muy rígidas: exigían el importe total de los impuestos sobre la sal, un producto que todo el mundo se veía obligado a adquirir. Puesto que era aquélla una de las más importantes fuentes de riqueza del nuevo gobierno, el pueblo se hallaba enojado, aumentando su enojo más aún al ver que el *Consorcio* no se fiaba de los chinos, ya que el mismo *Consorcio* era el encargado de cobrar tales impuestos.

Mientras tanto, el presidente Yuan continuaba obteniendo préstamos del *Consorcio*, y los buenos patriotas se alarmaron al pensar que las naciones occidentales pudieran llegar a exigir tanto que colocaran a la patria en el trance de perder su independencia. El gobierno de los Estados Unidos, simpatizante con los chinos, se retiró del *Consorcio*. A pesar de esto, Yuan seguía insistiendo en obtener los empréstitos.

De pronto sucedió una cosa terrible. Sung Chiao-Yen era el jefe del partido nacionalista de Sun Yat-Sen, o *Kuomingtang*, como los chinos lo llamaban. Era un hombre que había demostrado su sinceridad oponiéndose a solicitar empréstitos de las naciones extranjeras a tan alto precio. Pues bien, aquel hombre fue asesinado, justamente en el momento de tomar el tren de Shanghai para dirigirse a Pekín. Aquello constituyó una gran sorpresa para todos. Sung había sido, durante mucho tiempo, gran amigo y colaborador de Sun Yat-Sen, y aquel asesinato no podía haber ocurrido de no mediar en él una orden del presidente Yuan.

Pero entonces ya nadie podía reprimir al presidente. Incluso Sun

Yat-Sen se dio cuenta de su error en cuanto a su concepto de aquel hombre, y cablegrafió al *Consorcio*, que se reunía en Londres, rogando que no se entregara más dinero al presidente Yuan. El pueblo chino se hallaba tan disgustado, que aquel gobierno no podía continuar actuando así. Pero el *Consorcio* hizo caso omiso del cablegrama. Las cinco naciones que lo componían vieron la oportunidad que se les presentaba de adquirir poder en China, y concedieron inmediatamente enormes empréstitos a Yuan.

Sun Yat-Sen solicitó de Yuan Shi-Kai que presentase su dimisión, pero éste se negó a hacerlo, y los seguidores de Sun se decidieron a luchar. Se llevó a efecto un ataque contra la guarnición de Kiukiang, ciudad de una provincia interior, y Huang Hsing se trasladó a Nankín, que se declaró independiente de Pekín y del presidente Yuan. Cuatro provincias se unieron a la rebelión. Pero Yuan Shi-Kai concentró sus ejércitos, derrotó a los rebeldes y se instaló como presidente con el mandato de cinco años, en aparatoso ceremonial. Sun Yat-Sen huyó de nuevo al Japón, donde estuvo durante tres años.

Pero tampoco terminaron con aquello las tribulaciones de Yuan Shi-Kai. Sun Yat-Sen había enseñado bien a su pueblo, y éste no tenía intención de abandonar su lucha por un gobierno realmente democrático, y creía que Yuan Shi-Kai no sabía cómo establecer el gobierno apetecido. Se hallaba demasiado viciado en la antigua forma de gobierno imperial. El tiempo iba a ser testigo de los hechos, de la historia completa. Mientras tanto, Sun Yat-Sen continuaba en el exilio.

X

GUERRAS CIVILES

LOS años que siguieron fueron los más negros que había conocido Sun Yat-Sen. Había abrigado el convencimiento de que la tarea de su vida se vería coronada por el éxito, con el país unido bajo una sola bandera y bajo un gobierno democrático. Pero, por el contrario, él mismo se veía desterrado en el Japón, mientras grupos de poderes egoístas trataban de adueñarse de todos cuantos recursos patrios estaban a su alcance. Sun Yat-Sen culpaba de todo, y por encima de todo, a la banca extranjera, que concedía los empréstitos a Yuan Shi-Kai.

—No fue nuestro pueblo ni fueron nuestros errores los que nos obligaron a huir de nuestra patria —declaró—. Fueron los fondos extranjeros, empleados deliberadamente para descuartizar el país. Los banqueros de las cinco potencias agrupadas mantuvieron el equilibrio potencial entre el Norte y el Sur durante tres años. Cuando nosotros estábamos en el poder, nos concedían créditos miserables, a no ser que nos doblegáramos a aceptar condiciones humillantes. El empréstito personal del año pasado a Yuan Shi-Kai, consistente en cinco millones de dólares, contra cuya concesión luchó hasta la última trinchera todo el poder constitucional de la patria, le dio al Norte, sencillamente, un garrote con el que triturar

nuestra causa. Aquel gigantesco soborno y sólo él, es la causa de que estemos hoy aquí.

Existía cierta base para esta acusación, aunque uno puede suponerse lo difícil que sería para Sun Yat-Sen, el peligroso revolucionario, ser digno de crédito por parte de los poderosos intereses financieros establecidos. Por otra parte, aquellos intereses conocían a Yuan Shi-Kai por experiencia previa con el viejo gobierno imperial, y creían poder confiar en él.

Lo cierto era, en realidad, que Sun Yat-Sen, aunque fue y será siempre motivo de inspiración para su pueblo, no era, en cambio, buen organizador. Conocía el modo de pensar de su pueblo. Podía despertar en él furia y esperanza a la par. Podía hacerles ansiar la libertad y una vida mejor. Podía, incluso, llevarlos a la acción. Pero como muchos otros caudillos revolucionarios, una vez concluía la revolución no sabía establecer un gobierno saneado y práctico a la vez. Podía explicar al pueblo lo que necesitaba, pero no sabía atender aquella necesidad. Podía destruir, pero no sabía construir. Había fracasado una y otra vez, incluso durante la revolución, por haber planeado mal sus ataques y por iniciarlos a destiempo. En el preciso instante en que más necesitado estaba el pueblo de un caudillo organizador, Sun les había fallado. Aunque era un hombre de valer, no sabía, realmente, cómo crear el gobierno que había soñado, el gobierno que ansiaba proporcionar a su pueblo. Yuan Shi-Kai no valía tanto, ni llevaba tan profundamente arraigado en el corazón el interés de su pueblo. Pero, sin embargo, tenía habilidad para organizar un gobierno, aunque no fuera aquél en que se tenía puestas las esperanzas. La República de China podía haber tenido cierto éxito si Yuan no hubiera concebido un plan particular, más tarde, para deshacerse de ella y restablecer el Imperio, proclamándose a sí mismo primer emperador de una nueva dinastía.

Mientras tanto, Sun Yat-Sen habría estado sumido en la desesperación más completa si no hubiese llegado alguien, durante aquellos años, a infundirle nuevas esperanzas.

Sun había sido siempre un hombre solitario, quizás uno de los hombres más solitarios del mundo. Los hombres que viven alimentados de enaltecidos sueños y entregan sus vidas en holocausto de esos sueños, son casi siempre hombres solitarios. No pueden quedarse en el hogar ni gozar de la compañía de sus familias y, a veces, tampoco sus familias los quieren en su casa. Éste era el caso de Sun Yat-Sen.

Sus padres le habían castigado por rebelde, y aunque la mujer que le fue elegida para esposa era buena, jamás había gustado de viajar con él y formar parte de su vida. Había sido educada en el anticuado y tradicional estilo chino, en la idea de que la esposa del hijo pertenecía a la familia y tenía que cuidar a sus suegros, condición que su mujer había cumplido fiel y celosamente. Sun Yat-Sen apenas conocía a sus hijos. Tan constante había sido su ausencia del hogar. Su hermano Ah-Mei, que se había mostrado frecuentemente cariñoso con él, no había logrado llegar a entenderlo. Por otra parte, los mejores amigos de Sun habían perecido a manos de los seguidores de Yuan Shi-Kai, y Sun tenía que volver a empezar, y empezar solo, a colocar los cimientos de la república.

Quizá no hubiera tenido valor para volver a comenzar de no haberse enamorado entonces por primera vez en su vida. Su viejo amigo Charles Soong, el comerciante de Shanghai, había prosperado y enriquecídose mucho. El señor Soong se había convertido al metodismo y su mujer también era una buena metodista. Habían tenido seis hijos, a todos los cuales envió el señor Soong a Norteamérica para que fueran educados, porque creía firmemente en las ideas americanas. Entre estos seis hijos había tres niñas y, la mayor, Ai-Lien, era la secretaria de Sun Yat-Sen. Las chicas no tenían necesidad de trabajar; pero su padre les había

contagiado su confianza en Sun
Yat-Sen
y su fe en la forma de gobierno norteamericano y en sus normas. Así, pues, al regresar de la universidad norteamericana,
Ai-Lien
quiso trabajar para Sun
Yat-Sen
. Sin embargo, estaba a punto de dejar su trabajo por haber decidido casarse con un joven llamado
H. H. Kung
. Deseaba buscar a otra que ocupase su lugar, alguien que fuera de confianza y que pudiera comprender a Sun
Yat-Sen
. Pensó en su segunda hermana, que acababa de obtener su título en una universidad norteamericana. Esta hermana se llamaba Ching-Ling, una joven bonita, recatada y graciosa. Ching-Ling siempre había sido una firme creyente en la revolución. Al proclamarse la república aún hallándose en América escribió un ensayo escolar sobre ella.

«La revolución ha establecido la libertad y la igualdad en China», decía en el ensayo.

Indudablemente, Ching-Ling era la persona indicada para ocupar el puesto de su hermana, según ésta.

En cuanto a Sun Yat-Sen, jamás había visto ninguna mujer como Soong Ching-Ling. Era joven, hermosa, inteligente. Conocía el inglés y el francés como su propia lengua, y había seguido cada paso de la vida y obra de Sun. Conocía y simpatizaba con sus problemas, y estaba dispuesta a ayudarle y a animarle. Estas dos personas, tan bien compenetradas, él tan solo y ella tan capacitada para ser su compañera y amiga, se enamoraron pronto.

Sin embargo, aquel amor, feliz como había de demostrarse, encerraba serias dificultades para Sun
Yat-Sen
. Su mujer había sido una esposa buena y fiel en todos los sentidos. Le había dado dos hijas y un hijo, cuidando de sus ancianos padres hasta su muerte. Cuando pudo hacerlo, había tratado, incluso, de proporcionarle a Sun
Yat-Sen

un hogar. Se fue a Nankín cuando él era presidente, y había presidido allí el hogar. Sun
Yat-Sen
apreciaba sus buenas cualidades y jamás le echó en cara su falta de ilustración, pues, por él, había incluso aprendido a leer.

A pesar de las relaciones cordiales entre ambos, la triste verdad era, sin embargo, que no podía existir un compañerismo sincero, y Sun
Yat-Sen
continuó siendo un hombre solitario. Su hermano
Ah-Mei
quedó convertido en jefe o cabeza de familia después de la muerte de su padre. Se había cuidado de la señora Sun y de los tres niños, mientras Sun
Yat-Sen
se dedicaba a luchar por la causa. Los niños habían sido enviados a América a estudiar, contribuyendo esto a separar aún más a la familia. En 1913 murió la hija mayor Annie, después de cursar sus estudios universitarios y de haber regresado al hogar a hacer compañía a su madre. A partir de entonces, Sun
Yat-Sen
llevaba consigo a su hijo,
Sun-Fo
, en sus idas y venidas, mientras la hija menor vivía con su madre.

Sun Yat-Sen se hallaba profundamente preocupado por lo que debía hacer en aquellas circunstancias. Sentía ansia por la compañía de Ching-Ling y, sin embargo, no quería herir los sentimientos de aquella buena mujer que era la madre de sus hijos. Su mujer no le había dado motivos para divorciarse, de acuerdo con la ley china; pero accedió a darle su consentimiento para que volviera a casarse con otra mujer que pudiese acompañarle en sus viajes, puesto que ella no podía. Esta decisión estaba de acuerdo con la costumbre china, pero no representaba que la primera esposa fuera desplazada de la familia.

Sin embargo, Ching-Ling, joven y moderna, no quería ser una esposa secundaria. El trance era apurado, porque se hallaba en un momento de transición entre las normas antiguas y las modernas, y no existía una verdadera solución para el problema. A Sun

Yat-Sen
sólo le quedaba el recurso de hacer lo mejor posible: aceptó, agradecido, el consentimiento de su primera esposa, de casarse con Soong Ching-Ling, y la ceremonia se celebró, al fin, calladamente, en el Japón.

Se casaron precisamente en el año tan difícil y confuso de 1915, en el que no existía gobierno verdadero en China, y cuando la guerra azotaba a Europa. En medio de todo lo que era desesperante y perturbador, Sun
Yat-Sen
tenía, por primera vez en su vida, un hogar y una compañera, y se enfrentó con el porvenir sin temor alguno. Se hallaba a su lado la capaz Ching-Ling, dispuesta a ayudarle. Más tarde se separó por entero de su primera mujer, cuidando sólo de que viviera bien, y Ching-Ling quedó convertida en su esposa verdadera.

Sun Yat-Sen necesitaba aquella mujer joven y fuerte, pues los años siguientes iban a ser los más duros de su vida. Mientras Yuan
Shi-Kai
seguía obteniendo empréstitos de la banca extranjera, Sun
Yat-Sen
trataba de obtenerlos del gobierno japonés con objeto de derrocar a Yuan
Shi-Kai
.

Sun fundó un nuevo partido revolucionario que llamó *Kemingtang*, en lugar del viejo partido nacionalista o *Kuomingtang*, su primer partido político, prometiendo a los japoneses grandes ventajas en la China si prestaban ayuda a sus proyectos.

En 1914 estalló la primera Guerra Mundial, y con ella se remontaron las ambiciones japonesas. Podían ya comenzar a establecer un gran Imperio en China. Aprovecharían la escisión entre Sun
Yat-Sen
y Yuan
Shi-Kai
, y, ayudando a deponer a Yuan
Shi-Kai
, someterían a Sun

Yat-Sen a grandes obligaciones, para que, al regresar a su país, concediese al Japón la preferencia entre todas las potencias extranjeras. La China sería, entonces, su esfera de influencia.

Mientras tanto, Yuan, sin advertirlo, contribuía a su propia caída. Después de la segunda revolución, como se llamó, cuando Sun Yat-Sen se vio obligado a abandonar su patria, Yuan Shi-Kai se deshizo de todos cuantos habían colaborado con Sun Yat-Sen. Todos los que demostraron interés en establecer la República China se encontraron sin trabajo, y sus puestos fueron ocupados por los colaboradores de Yuan.

Yuan se adueñaba del poder cada vez más, y el ideal de la república comenzó a desvanecerse o, al menos, así lo parecía. Pero Yuan Shi-Kai se propasó en demasía y con excesiva rapidez. En el invierno del año 1914, mientras Sun trataba desesperadamente con los japoneses, el presidente Yuan revivió las antiguas ceremonias imperiales del Año Nuevo chino en el Templo del Cielo, de Pekín, y él mismo ocupó el lugar y desempeñó las funciones que antaño habían correspondido al emperador. Habían circulado muchos rumores de que quería establecer una dinastía y ascender al trono imperial, pero la prueba se vio, al fin, clara. Y un rugir estruendoso conmovió toda China.

En el mes de agosto de 1915, el peligro se hizo tan patente, que el pueblo comenzó a enfurecerse. Sun Yat-Sen, a pesar de todos sus fracasos, había inyectado profundamente en el corazón de su pueblo la esperanza en un gobierno republicano. La gente no quería volver a la anticuada monarquía, y desconfiaba de Yuan Shi-Kai como gobernante. Pero Yuan no vio su propio peligro. Simuló ceder al consejo, y anunció que la nueva dinastía comenzaría a reinar el

primero de enero de 1916, siendo él su primer emperador.

La revuelta surgió instantáneamente. Y esta vez no fue Sun Yat-Sen, que aún se hallaba en el Japón, sino Liang
Chi-Chao
, quien acaudilló la rebelión. Huyó a Yunnán, una provincia del extremo sur, y allí, con la ayuda de un general, antiguo discípulo suyo, comenzó la rebelión contra Yuan
Shi-Kai
. La provincia de Yunnán se separó del dominio de Yuan, y otras seis provincias la siguieron. El país quedaba dividido, y el pueblo se hallaba nuevamente en plena rebelión: la Tercera Revolución, la llamaban. La situación llegó a ser tan grave, que incluso el mismo Yuan
Shi-Kai
se dio cuenta de su error. Al fin, aconsejado desde el exterior y en el propio interior, se vio obligado a renunciar, con el corazón destrozado, completamente humillado, muriendo seis meses más tarde. Y el vicepresidente asumió el poder como presidente temporal.

Ya Sun Yat-Sen podía regresar a su tierra. Volvía a tener esperanza y entusiasmo, y tan pronto como llegó a Shanghai, pronunció un largo discurso sobre «La forma republicana de gobierno». Pero no quería ser presidente. Quizá se diera cuenta, al fin, de su flaqueza. En su lugar, quería dedicarse a educar a su pueblo para establecer y conservar una república.

Sin embargo, el presidente Li estaba en apuros. El gobierno norteamericano deseaba que China entrase en la guerra europea de parte de los aliados. El presidente Li no quería entrar, ni tampoco Sun
Yat-Sen
; pero el primer ministro, Tuan
Chi-Jui
, estaba interesado en entrar en la contienda. Consideraba que ello aportaría a la China beneficios por parte de las naciones occidentales. Puesto que el asunto no podía ser decidido, los generales, que eran, en realidad, los «Señores de la Guerra», fueron llamados a Pekín para que dieran su consejo. Naturalmente, por ser soldados profesionales, deseaban la guerra, y su decisión fue

favorable. Inmediatamente, los generales, dándose cuenta de su poder, comenzaron a hablar contra la nueva constitución que entonces se estaba redactando. Cuando el doctor C. T. Wang, presidente del Comité para la redacción de la nueva Constitución, pronunció un discurso acerca de los aspectos favorables del documento, los «Señores de la Guerra» norteños, se declararon totalmente independientes de la República y se retiraron a sus provincias.

Sun Yat-Sen, naturalmente, se hallaba al lado de los constitucionales, pero la fuerza estaba en manos de los «Señores de la Guerra». Lo único que él podía hacer era protestar, y cuando los funcionarios republicanos huyeron de Pekín a Shanghai, declaró que se retiraría con ellos a Cantón para establecer allí una república verdaderamente constitucional, aunque la China quedara dividida. Aquél fue el principio de su nueva y prolongada lucha para mantener viva en el suelo patrio la República Nacional.

El país estaba dividido entre la República del Sur y los «Señores de la Guerra», que gobernaban las provincias. ¿Cómo y cuándo iba a poder estar el pueblo agrupado nuevamente bajo una sola bandera? Otro país cualquiera hubiera sucumbido a causa de semejantes guerras civiles. Pero el chino es un pueblo antiguo, y su patria amplísima. Mientras las guerras se decidían en un lugar u otro, entre distintos «Señores de la Guerra», las personas buenas y humildes de los pueblos, de las aldeas y de las ciudades continuaban viviendo con decencia y trabajando duro. Eran gentes civilizadas y habían aprendido, a través de los siglos, que viviendo decentemente y trabajando con ahínco y con respeto por sus semejantes, es muy posible vivir durante un tiempo sin gobiernos y aun sin policía. La policía, después de todo, se necesita sólo para proteger al pueblo entre sí, y existiendo un respeto mutuo y buena conducta, la gente no necesita de esa protección. Los chinos habían aprendido esta lección hacía ya mucho tiempo.

Sun Yat-Sen conocía la bondad de su pueblo, y aquella vez decidió que era mejor dejarlos vivir como quisieran hasta que tuviera tiempo de enseñarles cómo crear un gobierno nacional propio. Yuan
Shi-Kai
había tenido experiencia sólo en la anticuada forma de gobierno

imperial, y quizá fuera lo natural para él tratar de restablecer aquel gobierno. Pero el pueblo se había declarado contra Yuan, y ya sólo necesitaba que se le enseñase a crear un gobierno por sí mismo.

En medio de la guerra civil, Sun Yat-Sen comenzó a escribir un libro titulado *Los Tres Principios del Pueblo*. En este libro pretendía enseñar a su gente lo que tenía que hacer para que la China fuera una república fuerte y verdadera. «El saber es fácil, pero el hacer es difícil». Era éste un viejo proverbio chino, y Sun Yat-Sen lo odiaba más que nunca. Creía que la gente lo seguía pronunciando para excusarse de hacer cosas, porque el hacer costaba trabajo. «La idea de que el hacer es difícil —escribía—, es detestable. El decir que el saber es fácil es un enemigo peor que todos los emperadores manchúes, pues éstos sólo podrán aniquilar nuestros cuerpos mientras que esta idea puede aniquilar nuestra voluntad e incluso nuestras almas. Cuando creemos de veras que puede ejecutarse un plan, podemos llevarlo a efecto. Pero cuando no lo creemos, no hacemos nada y todos nuestros proyectos son inútiles. Mi corazón sufre diariamente porque no hacemos nada».

Mientras escribía sus enseñanzas de acción, los norteños «Señores de la Guerra» continuaban su lucha contra el Sur. Aunque la Guerra Mundial terminó al fin, parecía como si el sueño de Sun Yat-Sen, una república unida bajo una bandera de cinco franjas, no se realizaría nunca. Los «Señores de la Guerra» no querían a Sun Yat-Sen, por lo que éste continuó con el Sur, aunque no siempre como presidente, pues prefería no ocupar el cargo. A veces vivía en Shanghai, y aún confiaba en que, al fin, triunfara su causa. También trató de hacer de Cantón una ciudad moderna, nombrando alcalde a su hijo, Sun-Fo, que había sido educado en América. Mientras tanto, en Pekín, un «Señor de la Guerra» norteño, Wu-Pei-Fu, había restaurado a Li Yuan-Hung como presidente, aunque realmente no era más que un testaferro.

Sun Yat-Sen decidió, al fin, atacar al Norte con la ayuda de un joven «Señor de la Guerra» sudeño llamado Chen Chiung-Ming. La

esperanza le era cosa natural y quizás en ello residiera su fuerza. Al menos le daba la suficiente para no abandonar la lucha. Esta vez también contaba con la ayuda de un joven soldado llamado Chiang
Kai-Shek
; pero se apoyaba mucho en el general Chen, un apuesto joven de altos estudios. Pero ¡ay!, antes de lanzarse al ataque, le llegaron noticias de que el apuesto general Chen le había traicionado. En vez de ayudar a Sun
Yat-Sen
, decidió atacar Cantón y tomarla para sí. Chiang
Kai-Shek
había advertido a Sun
Yat-Sen
que el general Chen no era hombre de fiar, pero Sun no hizo caso de la advertencia. Chiang demostró tener razón.

De pronto, una mañana de primeros de junio, antes de amanecer, empezó el ataque. Sun Yat-Sen fue despertado en su palacio presidencial y se trasladó rápidamente a un barco surto en el puerto. Era preciso que su vida no corriera riesgo, o el Sur se quedaría sin caudillo. La señora Sun creyó no correr peligro personal, y aunque Sun sentía inquietud por ella, ésta no quiso acompañarle por miedo a retrasar su huida hacia la seguridad. Ella le prometió seguirle al amanecer; pero llegó el amanecer y su mujer no aparecía. Sun estaba sentado en el barco de guerra, y simulaba leer, tratando de aparentar calma y esperando…

Había sucedido algo peor de lo que se imaginaba. La señora Sun no podía abandonar el palacio porque los soldados rebeldes mantenían sobre el edificio un fuego continuo de cañones y fusiles. A las ocho de la mañana, sin embargo, se habían agotado la mayor parte de las municiones. Entonces, llevando sólo consigo los artículos más necesarios, salió sigilosamente por las verjas del palacio en compañía de dos guardas y un consejero occidental. Aún bajo el fuego, pero sin ser vistos, se fueron de calle en calle a refugiarse en el edificio del Gobierno, situado en otro lugar de la ciudad. Aquel edificio pronto dejó de ser lugar seguro. A las cuatro de la tarde fue atacado. La señora Sun y sus tres acompañantes lograron escapar mezclándose entre los atacantes. Iban pobremente vestidos y nadie los reconoció.

Pero ¿adónde podían dirigirse? La ciudad estaba convertida en una hoguera. Había áreas enteras ardiendo furiosamente y, al correr por una calle lateral, vieron un pelotón de soldados corriendo en tropel, medio locos. Los fugitivos se salvaron milagrosamente echándose al suelo en medio de la calle, simulando estar muertos. Una vez que hubo pasado la turba, tornaron a andar sigilosamente. Uno de los guardas cayó muerto, y la señora Sun se hallaba tan agotada que le rogó al otro guarda que la matase, pero éste se negó a obedecerla.

Llegaron lentamente a las puertas de la ciudad, que estaban sin guardia, y como tenían aspecto de refugiados nadie los detuvo. Fuera ya de la ciudad, se cobijaron en la casa de un bondadoso labrador, y allí descansó la señora Sun. Dos días después pudo llegar al puerto, y la llevaron al barco donde Sun Yat-Sen, que ya había perdido las esperanzas de volver a verla, se hallaba. Llegó agotada y pálida, pero con vida, reuniéndose de nuevo dos seres que se amaban.

La batalla de Cantón, decía Sun Yat-Sen, era la peor experiencia de toda su vida. Todos sus libros y manuscritos fueron incendiados, y tuvo que empezar de nuevo su tarea, aprovechando en todo lo posible lo que recordaba. Otros muchos de sus viejos amigos fueron asesinados, y la ciudad que él había tratado de convertir en una ciudad hermosa y moderna quedó casi totalmente destruida. Además también sintió profundamente el desengaño del general Chen Chiung-Ming. Apreciaba mucho al capaz, joven y estudioso soldado, y cuando Sun apreciaba a alguien, ponía en ese alguien toda su confianza. Y más de una vez aquella persona no merecía ni confianza ni aprecio.

En Shanghai una vez más, hubiera sido natural que Sun Yat-Sen se sintiera inclinado a abandonar la lucha para siempre. Pero, por el contrario, dijo:

—Hemos destruido demasiado. Tenemos que mostrarnos severos, rigurosos y desprovistos de sentimentalismo. Es hora de formular un plan para lo futuro y llevarlo a cabo hasta el fin. Debemos empezar la gran tarea de la reconstrucción, o perecer y desaparecer del mapa del mundo.

XI

¡SALVAD A MI PATRIA!

¡UN plan! Aquel hombre no se cansaba de hacerlos. Puso manos a la obra de escribir de nuevo su libro. Seguiría llamándose *Los Tres Principios del Pueblo*, y en él puso nuevamente sus ideas para el porvenir de su patria.

Mientras él escribía, en el país continuaban la confusión y el desconcierto. Él ya no podía hacer nada para aliviarlo, excepto enfurecerse contra los países extranjeros que se valían de los «Señores de la Guerra» para comerciar y obtener garantías sobre sus empréstitos. Se hallaba realmente enfurecido contra las egoístas potencias que engordaban a costa del dolor del pueblo chino. Las únicas naciones que entonces no trataban de aprovecharse del desconcierto en China, desgraciadamente para el porvenir de la nación, eran la Rusia Soviética y la Alemania aplastada por la Guerra Mundial. Ni siquiera los Estados Unidos, con su política de «puerta abierta», estaban dispuestos a ayudar a Sun Yat-Sen.

Mientras China vivía aquellos trágicos momentos, Rusia también padeció una revolución, una revolución terrible y cruel. En ella murió mucha gente y había sido establecido un nuevo y duro gobierno para obligar a los que quedaban a cultivar su tierra colectivamente y a establecer nuevas industrias. Pero Sun Yat-Sen, siempre fácilmente emocionado por cualquier cosa que le

pareciese bondad, creyó que Alemania y Rusia podrían ayudar a China más que cualquier otro país occidental que hubiese concertado tratados injustos en su época de flaqueza. Se había puesto en correspondencia con ambos países y les pedía consejo. Su joven general Chiang Kai-Shek se mostró de acuerdo con él.

Chiang le dijo:

—Si los países como Inglaterra, Francia, América y el Japón no tienen interés por la restauración de la amistad y la asistencia mutua, ¿por qué no ha de hacer China convenios con Alemania y Rusia?

Y de este modo, Sun Yat-Sen, sin darse cuenta, originó una nueva confusión que iba a significar, años más tarde, la pérdida de la libertad del pueblo chino.

Pero Sun Yat-Sen no iba a enterarse jamás de aquella futura derrota. Entabló la lucha una vez más con los «Señores de la Guerra», aunque no sabía que iba a ser la última pelea. Se recaudó dinero entre sus seguidores para adiestrar ejércitos y castigar al joven general rebelde Chen Chiung-Ming. En enero de 1923, aquellos ejércitos convergieron sobre Cantón y el joven general huyó, desbandando su ejército. La ciudad de Cantón fue recuperada y se convirtió una vez más en la capital del Sur. Podría ser utilizada como base para liberar a todo el país de las garras de los «Señores de la Guerra». Otra vez volvió Sun Yat-Sen a Cantón como presidente. Tornó a nombrar alcalde a su hijo, ya mayor, y Jefe de Estado Mayor a su leal soldado Chiang Kai-Shek.

Entonces Sun tenía un nuevo enemigo: un enemigo oculto dentro de sí mismo. Se hallaba flaco y extenuado y sufría con frecuencia terribles espasmos de dolor. La señora Sun se asustaba al ver la terrible palidez de su rostro, pero Sun no quiso darse por vencido. No, primero tenía que recuperar todo el país de las garras de aquella casta guerrera, y ver a su patria unida en una república indivisible bajo la bandera de las cinco franjas. Se decidió a adiestrar un nuevo y potente ejército bajo la dirección de Chiang

Kai-Shek
, pues había oído que Chen Chiung-Ming se estaba preparando para atacar nuevamente a Cantón en la primavera.

Llegó el ataque, y la batalla, entre barro y lluvia, duró dos meses. Esta vez mandaba sus soldados el mismo Sun
Yat-Sen
, y los animaba, vestido con una trinchera y un viejo sombrero. Mantuvo su valentía y su moral, rehusando retroceder. Entonces ya sabía que algo le minaba, pero no quería detenerse siquiera a ver lo que era. Semejante espíritu no podía ser derrotado. Ganó la batalla, y Chen fue puesto nuevamente en fuga.

Ahora, le dijo a su preocupada, triste y joven esposa, volvería a reorganizar su partido revolucionario. Crearía una escuela en Cantón donde se pudiera enseñar a los jóvenes cómo dirigir el país. Ellos serían el núcleo, el corazón del nuevo gobierno. La última vez había confiado las riendas del gobierno a Yuan
Shi-Kai
, un hombre que no había sabido cómo establecer una república. Esta vez confiaría en la juventud que él mismo instruiría. Envió a Chiang
Kai-Shek
a Rusia a aprender cómo instruían a los jóvenes del partido e invitó a Cantón a un consejero ruso, que resultó ser Borodin. Años más tarde, Chiang
Kai-Shek
, en un nuevo levantamiento de la China, se alarmó ante el poder de Borodin y la influencia que ejercía sobre la señora Sun
Yat-Sen
. Viendo aquello, determinó cortar sus relaciones con el ruso. Así comenzó la incesante guerra de Chiang
Kai-Shek
contra los comunistas chinos, de la que pudo haber salido victorioso si no hubiese sido por una nueva guerra del Japón contra su patria.

Pero tampoco de esto iba a llegar a enterarse Sun Yat-Sen, que continuó trabajando por la unidad del país. Brotaron guerras civiles entre los mismos «Señores de la Guerra» y hubo una serie de batallas. De pronto sucedió algo extraño. Un joven «Señor de la Guerra» norteño, llamado Feng-Yu-Liang, obtuvo el inesperado

triunfo de capturar Pekín. Se trataba de un hombre inesperado en más maneras que una: logró derrocar a los demás «Señores de la Guerra», expulsó al joven emperador de su palacio veraniego, apartó al débil presidente e invitó a Sun
Yat-Sen
a Pekín para entablar negociaciones de paz. De aquella forma milagrosa Sun vio la posibilidad de llegar a realizar su sueño. El Norte y el Sur podrían quedar unidos, al fin, en una gran república, gracias a Feng-Yu-Liang.

Sun no había prestado atención a su creciente enfermedad, pues le agobiaban muchas otras tribulaciones, y en aquellos momentos se sentía demasiado feliz para preocuparse de su dolencia. En noviembre de 1924 salió de Cantón con su Estado Mayor y, desde luego, acompañado de su fiel esposa. Al irse le dijo al pueblo que esperaba poder establecer una verdadera Asamblea Nacional en la capital norteña y que confiaba en poder liberar a la nación de la avaricia de las potencias extranjeras y triunfar en la consecución de una vida mejor para todos.

Pero el enemigo que llevaba dentro le esperaba. Se fue a Pekín pasando por el Japón, y allí tuvo que saludar a miles de chinos estudiantes y amigos, y pronunciar muchos discursos, esfuerzo exagerado para sus ya escasas fuerzas. El mar entre el Japón y la China es frecuentemente tormentoso y frío, y durante el invierno siempre hace mal tiempo. El viaje fue malo y padeció un ataque de gripe. No podía comer el alimento que le daban en el barco, había dejado su cocinero en China y se sintió muy mal.

En el muelle de Tien-Tsin le esperaba un gentío inmenso. Los que se hallaban cerca vieron que su rostro estaba pálido y que, de vez en cuando, se llevaba la mano al lado derecho, como si sintiera algún dolor. Pero mantenía la cabeza alta y la mirada altiva. Con su túnica negra y larga, tenía el aspecto de un rey. Habló a la multitud, y luego, en compañía de su esposa, se fue al hotel en coche.

La gente decía que se le veía viejo, pero no lo era realmente. Estaba avejentado por todas las penalidades que había sufrido y por el enemigo que le minaba interiormente. Sin embargo, aquella noche tuvo que ir a una fiesta celebrada en su honor por el mariscal Chang, «Señor de la Guerra» que estaba al mando de la provincia. Después de pasar dos horas en conferencia, regresó al hotel y se

acostó.

Al día siguiente no pudo levantarse, y al otro día tampoco. Trabajó impacientemente en cama durante los días que sucedieron, y se ponía nervioso al ver que no podía proseguir el viaje hacia Pekín. Envió sus recomendaciones por anticipado y confiaba en que fueran aceptadas. Luego esperó dos semanas más. Para entonces ya le había desaparecido la gripe, pero aún sentía dolor en el hígado inflamado. Se mostró muy inquieto hasta que llegó la respuesta del general norteño, de Pekín, con el que esperaba concertar la paz, a sus recomendaciones. Pero recibió malas noticias. Todas sus recomendaciones fueron rechazadas, y lo que era peor aún, el general Feng había prometido a las naciones extranjeras que las concesiones especiales de que disfrutaban serían respetadas. Al leer aquello, Sun Yat-Sen saltó de la cama hecho una furia.

—¡Estoy dispuesto a terminar con todos los tratados desfavorables! —gritó—. ¿Por qué me invitó usted a ir al norte? ¿Tiene usted miedo a esos extranjeros?

Sus médicos le obligaron a acostarse nuevamente, pero él insistió en irse a Pekín. Diez días después llegaba a la capital en un coche especial. Se hallaba demasiado débil para decir más que unas cuantas palabras y, ya en el hotel, se acostó en seguida. Pero aun así, no abandonó su sueño de unir el norte y el sur en un todo, sin pérdida de tiempo. Su mente no estaba siempre clara y los que se hallaban alrededor de su lecho con su mujer, que no se separaba de él, le oían murmurar constantemente, proyectando, planeando. Pero no podía moverse. Estuvo en cama diez días, y luego fue trasladado al gran hospital de Pekín, construido por los norteamericanos. Le operó un cirujano norteamericano que, al abrir su cuerpo escuálido y agonizante, se encontró con un hígado endurecido como la piedra por el cáncer. Nada se podía hacer. Era demasiado tarde. Le cosió la herida e intentó el tratamiento por medio de los rayos violeta en caso tan desesperado, pero no hubo remedio.

En el mes de febrero, cuando la primera sonrisa primaveral acariciaba la ciudad de Pekín; cuando los dorados capullos de los desnudos *lamays* comenzaban a hincharse, y los vientos cargados de polvo del desierto de Gobi empezaban a soplar, Sun fue llevado a

casa de un amigo a esperar la muerte. Fueron llamados médicos chinos para ver si ellos podían hacer lo que los médicos extranjeros no habían logrado, pero se encontraron, también, impotentes ante el mal. Sun Yat-Sen sabía que tenía que morir sin ver realizado su sueño. De noche lloraba amargamente, pero durante el día permanecía quieto, inmóvil.

El día 24 de febrero, por la tarde, parecía inminente su última hora. Su amada esposa, su hijo y su nieto, y unos cuantos amigos, se hallaban en la habitación. ¿Podría hablar con ellos? Todos estaban ansiosos de oír sus últimas órdenes, sus consejos, porque ¿qué iban a hacer sin él? Uno de sus hombres más fieles, Wang Ching-Wei, se acercó a la cama y le preguntó si podía hablarles.

—Si he de morir —dijo Sun Yat-Sen—, es inútil que diga nada.

Le rogaron que les dijese unas cuantas palabras.

—Veo que estáis en un peligro real —murmuró al fin—. Cuando yo haya muerto, nuestros enemigos os debilitarán y os destruirán. ¿Qué puedo deciros ahora?

—Te hemos seguido durante muchos años —insistió Wang Ching-Wei—. No hemos tenido miedo, ni nos ha debilitado el enemigo. Si nos dejas un mensaje, nos servirá de guía en lo futuro.

—¿Qué queréis que os diga? —preguntó Sun Yat-Sen.

—Hemos escrito lo que creemos que querrías decirnos —replicó Wang—. Si estás de acuerdo con ello, firma, aunque nos gustaría que nos lo dijeras con tus palabras.

Wang Ching-Wei leyó el mensaje que habían preparado, y Sun Yat-Sen asintió con un movimiento de cabeza.

—Muy bien —dijo—. Estoy de acuerdo.

Leyeron luego un segundo documento y un testamento breve en el que legaba a su amada esposa sus escasas posesiones. Sun volvió a asentir con un movimiento de cabeza.

Iba a hacer un esfuerzo para firmar los dos documentos cuando volvió la cabeza y vio a su esposa apoyada contra la puerta, llorando amargamente. Entonces le sobrecogió su propio dolor y, no pudiendo firmar, los documentos fueron retirados.

Unos días más tarde, al ver él mismo que se aproximaba el desenlace, los firmó. Había recibido un telegrama diciéndole que la

guerra en el Sur tocaba a su fin, y que el general Chiang Kai-Shek dominaba perfectamente la situación. Sun le envió su último telegrama diciéndole que «los ciudadanos de Cantón no deberían ser molestados por las fuerzas militares». Su pensamiento estaba siempre puesto en el pueblo. Aquella tarde del día 11 de marzo respiraba con gran dificultad. Al atardecer fue cuando pidió los documentos y, con ayuda de su esposa, que le ayudó a levantar la mano, los firmó.

Después de descansar unos minutos, pronunció con voz apagada y llena de emoción las siguientes palabras:

—Creí que venía aquí a cimentar nuestra paz y nuestra unidad. Tenía en proyecto un Congreso del Pueblo para poner en práctica mi doctrina: *Los Tres Principios del Pueblo* y la Constitución de Cinco Potencias para la fundación de una nueva China. En vez de esto me ha alcanzado una enfermedad estúpida y ya no tengo cura. Vivir o morir, a mí, personalmente, no me importa; pero el no haber logrado aquello por lo que he luchado durante tantos años, me destroza el corazón. Vosotros que vivís trabajad por el Congreso del Pueblo, tratad de poner en práctica los Tres Principios y la Constitución. Entonces descansaré. —Hizo una pausa, y después de un momento, prosiguió—: He intentado ser un mensajero de Dios para ayudar a mi pueblo a conseguir la igualdad y la libertad.

Todos estaban escuchando, esperando oír su última palabra. En China, las últimas palabras de un hombre bueno son consideradas inapreciables. Se graban en madera, se inscriben en registros o álbumes familiares. Pero el médico rogó a Sun Yat-Sen que descansara. Se durmió éste durante un rato y al despertar al comienzo del atardecer, sentía frío en las extremidades. Sin embargo, aún vivió aquella noche, alimentado por el sueño de su vida. Los que le rodeaban, le oyeron murmurar estas palabras:

—Paz… lucha… salvad a mi patria…

A la mañana siguiente dejó de existir. Su esposa se hallaba a su lado, y sobre ella se posó su última mirada.

* * *

Así vivió y murió un gran hombre. Aunque Sun Yat-Sen no llegó

a ver unido a su pueblo, cambió para siempre aquel enorme país al que se había entregado de todo corazón. Si hubiera vivido, ¿habría conseguido realizar su sueño? ¡Quién sabe! Quizá no hubiera sido necesario que viviera. Quizás aquel sueño debía ser realizado por el pueblo mismo.

Hoy el pueblo chino vive bajo una sombra. La China libre y unida parece verse hoy más remota que nunca. Pero aquel sueño vive aún en los corazones de su pueblo. Sun Yat-Sen lo hizo arraigar profundamente. Cualquiera que sea hoy su servidumbre, los chinos no pueden olvidarlo, porque no pueden olvidar a Sun Yat-Sen. El cuerpo de aquel bravo y abnegado patriota descansa en una tumba de mármol en la soleada ladera de la Montaña Morada, fuera de las murallas de Nankín. Pero sigue viviendo. Vive en la imaginación y en el corazón de millones de chinos. Algún día su espíritu volverá a ponerse en marcha, encarnado en ellos, y al fin ganará su patria para sí.



PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

La buena tierra forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de La buena tierra donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankín. También escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.

Notas

[1] Sin miedo a la muerte. < <